





PERÚ
PACHAMAMA

Ministra de Comercio Exterior y Turismo
Magali Silva Velarde-Álvarez

Viceministra de Turismo
María del Carmen de Reparaz Zamora

Directora General de Artesanía
Melina Burgos Quiñones

PERÚ PACHAMAMA
Derechos de autor y de edición:
Ministerio de Comercio Exterior y Turismo - MINCETUR
Calle Uno Oeste N° 50, Corpac, San Isidro - Lima
www.mincetur.gob.pe

Guidado de contenidos, diseño y fotografía:
Dirección General de Artesanía

Desarrollo de contenidos:
Carmen Anaya Valer

Colaboración:
Embajada del Perú en Estados Unidos
Luis Miguel Castilla – Embajador del Perú
Adriana Velarde – Consejera en Servicio Exterior del Perú
José Corbera – Consejero en Asuntos Administrativos

Oficina Económico Comercial del Perú en Washington DC, Estados Unidos - OCEX
Juan Luis Reus Canales - Consejero Económico Comercial
Luis S. Chang - Jefe de Turismo y Especialista en Inversiones

Instituto Smithsonian
Sabrina Motley – Directora del Smithsonian Folklife Festival
Olivia Cadaval – Cocuradora
Cristina Díaz-Carrera – Cocuradora

Curador nacional
Rafael Varón Gabai

Impresión:
Ymagino Publicidad S.A.C.
Urb. Santa Elisa II Etapa, Mz E Lt.8 Lima, Lima, Los Olivos
Diciembre 2015
Teléf.: (51 1) 528 - 5843
juan.kanashiro@ymagino.com
www.ymagino.com

Primera edición
Lima, diciembre de 2015
Tiraje: 2,000 ejemplares
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2015-16612
ISBN: 978-612-45764-4-7



LEYENDA

- Música chicha y cultura visual
- Radio Ucamara
- Puente Q’eswachaka
- Música Afroperuana – Atajo del Niño
- Marinera
- Centro de Textiles Tradicionales de Cusco
- Fiesta de la Virgen del Carmen Contradanza
- Wachiperi
- La Chacra – Agricultores de quinua
- Danza Sarawja
- Artesanía / Huaynos
- Caballito de totora



Índice

Palabras del Presidente de la República
Sr. Ollanta Humala Tasso

6-7

Palabras de la Ministra de
Comercio Exterior y Turismo
Sra. Magali Silva Velarde-Álvarez

8-9

AYACUCHO

ALFREDO LÓPEZ MORALES

12-13

El mundo de sus manos (Ayacucho, Región Ayacucho)

ALFONSO SULCA CHÁVEZ

14-15

La huella del arte (Ayacucho, Región Ayacucho)

GERMÁN PRADO MAYORGA

16-17

Sin máscaras (Ayacucho, Región Ayacucho)

JANG ARAUJO AYALA

18-19

Corazón de latón (Ayacucho, Región Ayacucho)

MAMERTO SÁNCHEZ CÁRDENAS

20-21

Somos libres (Quinua, Región Ayacucho)

ANA MARÍA CCAHUÍN BERROCAL

22-23

Aventura de la quinua (Huanta, Región Ayacucho)

RENÉE GUTIÉRREZ QUISPE

24-25

Las cosas simples de la vida (Huanta, Región Ayacucho)

CUSCO

PAULO OROCHE TAYPE

28-29

Tejiendo puentes (Comunidad Collana – Quehue, Región Cusco)

VICTORIANO ARIZAPANA HUAYHUA

30-31

¡Cuán lejos llegarás! (Comunidad Huinchiri, Región Cusco)

QUINTINA HUANCA QUISPE

32-33

Colores primarios (Pitumarca, Región Cusco)

ROSA PUMAYALLI QUISPE

34-35

Entrelazando días (Chinchero, Región Cusco)

NILDA CALLAÑAUPA ÁLVAREZ

36-37

Hilos conductores (Chinchero, Región Cusco)

TIMOTEO CCARITA SACACA

38-39

El señor de las alpacas (Pitumarca, Región Cusco)

VICTORIO DARIQUEBE GEREWA

40-41

Tenemos remedio (Comunidad Queros – Wachiperi, Región Cusco)

ODETTE RAMOS DUMAS

42-43

Fruto de la vida (Comunidad Queros – Wachiperi, Región Cusco)

RICARDO VARGAS LUNA

44-45

Al son de mi corazón (Paucartambo, Región Cusco)

YVÁN ZAMALLOA CORNEJO

46-47

Por la mamacha Carmen (Paucartambo, Región Cusco)

ICA

ROSARIO GOYONECHE NARCISO

50-51

Cantaré para ti (Chincha, Región Ica)

RONALD ILLESCA CHÁVEZ

52-53

El rastro de sus pasos (Chincha, Región Ica)

JUNIN

KATYA CANTO LAZO

56-57

Cuéntame, dime (Cochas Grande, Región Junín)

MOQUEGUA

GENOVEVA COAILA CATACTORA

60-61

Baila la vida (Moquegua, Región Moquegua)

LAMBAYEQUE

MANUELA AYASTA CAICEDO

64-65

Bordando el alma (Monsefú, Región Lambayeque)

MARGARITA GUZMÁN DE GONZALES

66-67

Fina estampa (Monsefú, Región Lambayeque)

MARGARITA MECHÁN LLUEN

68-69

Los secretos de mi alforja (Monsefú, Región Lambayeque)

GIULIANA SÁNCHEZ DÁVILA

70-71

Pañuelo al aire (Chiclayo, Región Lambayeque)

LA LIBERTAD

RONALD FERNÁNDEZ DE LA ROSA

74-75

Pies a tierra (Moche, Región La Libertad)

EDA ARROYO PECHE

76-77

La plata en sus sienes (Bolívar, Región La Libertad)

ANGEL PIMINCHUMO DOMÍNGUEZ

78-79

Cabalgando el mar (Huanchaco, Región La Libertad)

ELOÍSA PIMINCHUMO DOMÍNGUEZ

80-81

Honoris causa (Huanchaco, Región La Libertad)

LIMA

PEDRO ROJAS MEZA

84-85

País technicolor (Lima, Región Lima)

LORETO

RONALD SÁNCHEZ CASANOVA

88-89

El ritmo del Amazonas (Iquitos, Región Loreto)

JOSÉ MANUEL HUAYMACARI TAMANI

90-91

Mi voz existe (Nauta, Región Loreto)



PERÚ PACHAMAMA

Los peruanos somos mezcla y creatividad. Somos imaginación y trabajo. Formamos parte de un país plurilingüe, multicultural y diverso porque es el resultado de la convivencia de distintas razas y tradiciones diferentes, que confluyen hasta formar la nación que somos y de la cual nos sentimos orgullosos.

Una muestra de esta diversidad cultural se presentó en “Perú Pachamama”, una exposición que reunió a 114 artistas peruanos, durante diez días en el Smithsonian Folklife, el festival cultural más importante en los Estados Unidos. Un evento que permitió a miles de visitantes observar y participar en doce manifestaciones turístico-culturales.

La participación del Perú en este importante festival se dio en el marco de una política de Estado que impulsamos desde el primer día de gobierno, que busca que esta diversidad que nos caracteriza sea integradora, pues constituye el fundamento de nuestra riqueza.

Este esfuerzo de integrar a los peruanos es una tarea que mi gobierno ha impulsado en base a nuestras tradiciones. Nuestros pueblos desde tiempos inmemoriales han buscado comunicarse para intercambiar sus recursos y complementar sus actividades para el bienestar de los suyos.

Un ejemplo de ello fue la presentación del puente Q’eswachaka en el festival, una obra de la ingeniería andina de 28 metros que cruza el río Apurímac, conecta a cuatro comunidades y que es una manifestación tangible de ese afán de integración y trabajo en equipo que nos caracteriza. Es el único puente colgante confeccionado enteramente de fibras vegetales por los propios pobladores; sus rituales

asociados a su renovación anual datan de la época inca y han sido declarados Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad por la UNESCO.

Los puentes que unieron a los antiguos peruanos los hemos continuado durante mi gobierno. Siguiendo con esta tradición milenaria de integración, hemos construido más de diecinueve mil metros de modernos puentes en la costa, sierra y selva del Perú, que unen y fortalecen nuestro sentimiento de nación.

Leer las experiencias de los peruanos que participaron en este importante festival, nos deja una gran lección: el reconocimiento de un compatriota hacia otro que tiene diferentes costumbres y que representan diferentes culturas, nos hace a todos más fuertes y orgullosos de pertenecer a una sola nación.

Gracias a este evento, los peruanos nos descubrimos, nos reconocimos y valoramos, tanto entre los expositores, como ante miles de peruanos que asistieron y se sintieron más cerca de la tierra que los vio nacer. Ese fue el espíritu que al mismo tiempo transmitimos todos a los participantes europeos, norteamericanos y latinoamericanos.

Los artesanos, danzantes, cantantes, orfebres, bordadoras, que aquí cuentan sus experiencias, nos muestran que es posible unirnos en un sentimiento, en una visión de país.

Falta mucho por hacer, pero lo que hasta hoy se ha alcanzado es el inicio de un camino que los gobiernos que vengan deberán seguir transitando.

Ollanta Humala Tasso
Presidente de la República



PERÚ PACHAMAMA

El Smithsonian Folklife Festival 2015 tuvo al Perú como país anfitrión. Este encuentro es una exposición internacional de patrimonio cultural vivo que se realiza anualmente desde 1967 en el Centro de Museos, National Mall en Washington DC, Estados Unidos, en el marco de la celebración de su independencia.

Durante diez días, fuimos el único país invitado y tuvimos la oportunidad de mostrarnos en la capital de Estados Unidos, tal y como somos los peruanos. Un país de múltiples culturas, climas y herencias, pero también de una naturaleza que sorprende por su diversidad y riqueza y que es capaz de generar una explosión de sensaciones difíciles de olvidar.

Nuestra participación en el festival la denominamos “Perú Pachamama” y fue un encuentro de expresiones culturales que representaron 114 compatriotas, con doce manifestaciones turístico-culturales de comunidades peruanas de diez regiones de nuestro país. A través de la exposición de saberes, conocimientos y expresiones artísticas de estas comunidades, los visitantes pudieron aprender sobre cómo los peruanos de hoy recurren a su cultura tradicional para honrar a sus ancestros y para reinterpretar su herencia.

“Perú Pachamama” hizo posible, a su vez, promover en toda su magnitud la oferta turística que nuestro país tiene para el mundo. No solo permitió difundir conocimiento, sino también extender a los más de medio millón de asistentes al festival una invitación para visitar el territorio peruano, despertar su interés por experimentar nuevas sensaciones, por acercarse a los sabores, olores y ritmos de este país latinoamericano que nunca dejará de sorprenderlos.

El resultado no pudo ser mejor. Se multiplicaron las visitas a los medios que proporcionan información turística sobre el Perú. El encuentro tuvo amplia repercusión en la prensa estadounidense. Estuvimos presentes del 24 al 28 de junio y del 1 al 5 de julio con demostraciones de elaboración de artesanía, clases de cocina y talleres narrativos durante el día y conciertos de música y danza peruana en la noche. También se vendió artesanía relacionada con las manifestaciones presentadas en el Museo Nacional del Indio Americano. No sólo logramos ventas extraordinarias durante esos días, sino que estamos incrementando la demanda por el pisco y alimentos como quinua, cacao, café, en nuevos nichos de mercado a raíz del festival.

Un impacto que fue posible en razón del trabajo realizado por el grupo de compatriotas que formó parte de “Perú Pachamama”, quienes demostraron en cada uno de los diez días de exposición en Washington DC, que cuando se visite el territorio peruano es posible encontrar en su gente creatividad, carisma, alegría, amabilidad, empuje y diversidad.

Este libro es la expresión de esas emociones que los artistas de “Perú Pachamama” lograron transmitir. Aquí están los peruanos orgullosos de lo que hacen, de lo que son, de lo que sienten cuando sus manos, sus pies, su voz y su cuerpo crean una obra de arte que se llama PERÚ. Estamos seguros que usted, apreciado lector, disfrutará de las siguientes páginas, tanto como sus protagonistas, quienes contribuyeron a la consolidación del Perú como un nuevo destino turístico que tiene aún mucho por ofrecer y descubrir. ¡Bienvenido!

Magali Silva Velarde-Álvarez
Ministra de Comercio Exterior y Turismo



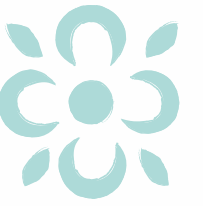
AYACUCHO

“Me sentí muy orgulloso de llevar los conocimientos de mi tierra a otros lugares, porque el Cajón de San Marcos es una perla querida para Ayacucho”.

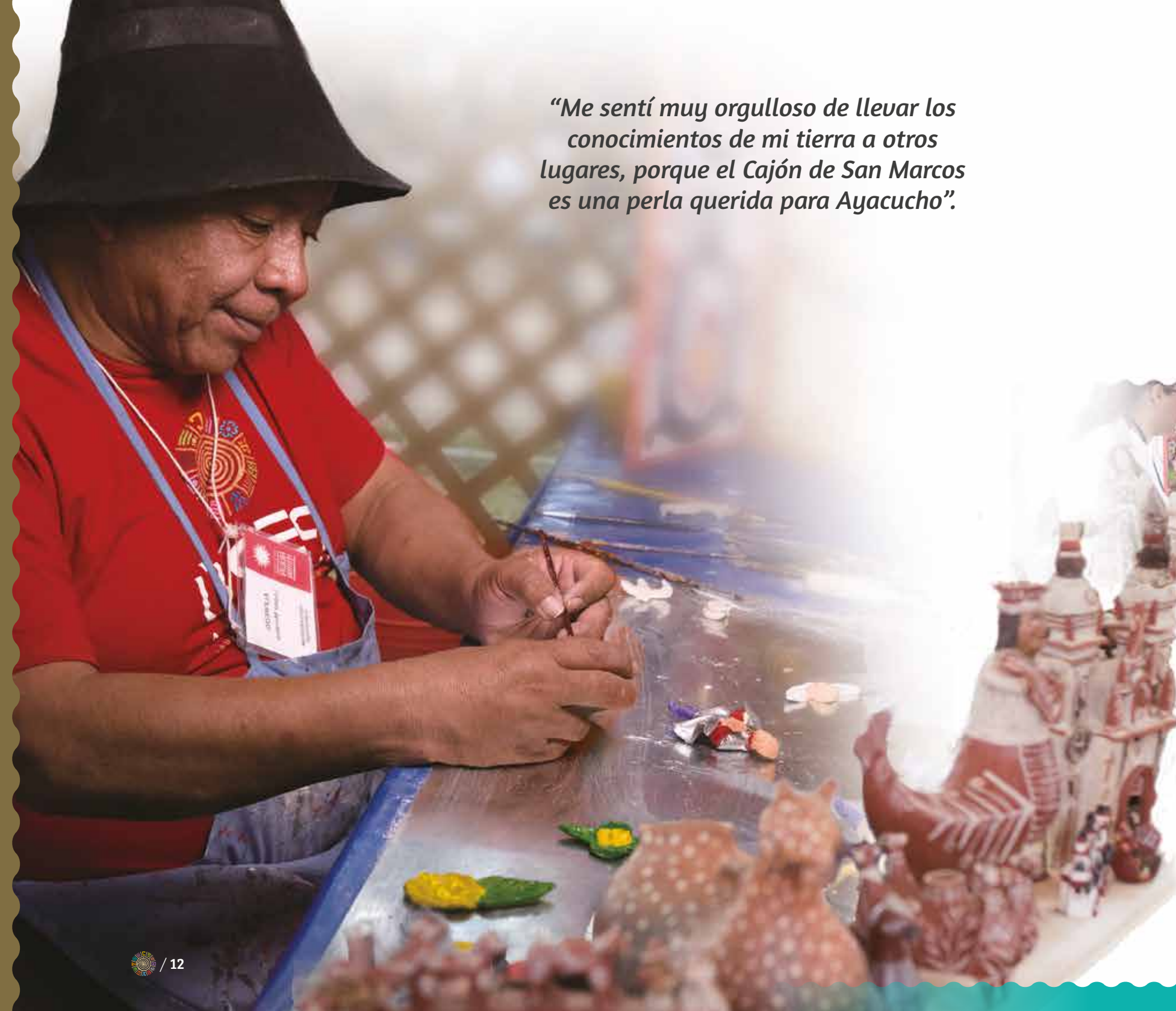


Alfredo López Morales

57 años, artesano retablista
(Ayacucho, Región Ayacucho)



El mundo de sus manos



En el 2010, estuve por primera vez en el Smithsonian, pero eran otras las condiciones en Estados Unidos. Volver en el 2015 era una revancha, significa contar con más tiempo para explicar el trabajo que hago.

Los espacios que nos dieron me permitieron esta vez exponer y demostrar mi arte. Soy retablista. Mi materia prima es la harina, flúor mezclado con agua y cocinado. Con eso se hace el engrudo y lo mezclo con yeso. Ese es mi material. La gente se admiraba que de eso hiciera figuras. Quedó un tanto admirada porque el material es completamente sencillo y cualquiera lo puede hacer. Era lo que quería demostrar.

También pude transmitir algunas enseñanzas sobre el retablo, especialmente sobre el Cajón de San Marcos, cuál ha sido el uso que se le daba y cuál es el que se le da hoy.

El Cajón de San Marcos es una caja pintada con dos espacios. El primer piso está dedicado a los ladrones del ganado, que están siendo castigados por haber robado y supervisa este castigo el dueño de la hacienda. En el segundo piso están los santos patronos como San Marcos, San Juan Bautista. San Marcos es patrón del ganado vacuno, San Juan Bautista es patrón del ganado ovino, San Antonio de Padua, patrón de los arrieros y los viajeros, Santa Inés, patrona de las cabras, San Lucas, patrón de los leones. En la parte inferior están los campesinos haciendo la marca del ganado y en otro lugar están haciendo una ofrenda a la Mamapacha.

Además de hacer retablos, hago baúles y máscaras. Soy nieto de Don Joaquín López Antay, uno de los más grandes artesanos del Perú. He sido su discípulo desde los cinco años.

Ahora tengo 57 años y siempre me quedé en Ayacucho, incluso en la época del terrorismo.

Antes de llegar al Smithsonian estuve en otras ferias en España, Chile, Ecuador, pero en el festival vi mucha fascinación en la gente por las figuras que hice, por la historia que les conté de la Caja de San Marcos, por descubrir el secreto de mis ancestros para esconder sus santos.

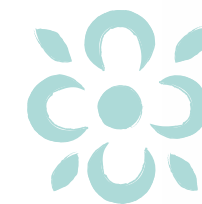
Los antropólogos que estuvieron en el festival no conocían esta parte de la historia del Cajón de San Marcos. Dijeron que la información que ellos tenían de internet era inconclusa y yendo a una fuente oral como era yo en ese momento, era muy valiosa. Les expliqué que recogí la versión directa de mi abuelo.

“Estaban sorprendidos de ver una técnica tan antigua, de observar en directo cómo se iba tejiendo un tapiz que luego se convertiría en una obra de arte para exhibirse en algún museo o galería”.



Alfonso Sulca Chávez

71 años, artesano tejedor
(Ayacucho, Región Ayacucho)



La huella del arte



Ayacucho ya era conocido en Washington; los visitantes del festival describían el lugar como una cantera de artistas; sabían que en esta tierra había buenos artesanos y de distintas especialidades. Veían cerámica, hojalatería, tejidos, retablos, máscaras.

Les mostré cómo se hacía un tejido artístico. Para eso llevé un telar y todos los materiales que se necesitan para hacer un tapiz.

Me preguntaron cómo aprendí. Comencé a los ocho años y ahora tengo 71. Antes los tapices era utilitarios, se usaban como frazadas, pero en 1960 decidí que podían ser artísticos.

Estudié y luego fui a varios concursos. En 1968, me llamaron a un congreso mundial. Presenté estos trabajos que estaban en prototipo. Cinco años después, me invitaron a un concurso en el Cusco en 1973, donde gané el primer premio

por un tejido que el jurado llamó “Tapiz mural”. Lo mío ya no era artesanía, era arte.

Para mejorar mi trabajo y darle la relevancia que quería, traté de complementar mis tejidos con tintes vegetales, usados en la etapa prehispánica, pero que habían desaparecido con la llegada de los conquistadores. Quería recuperar esta técnica y lo hice. Ahora la uso en mis tapices.

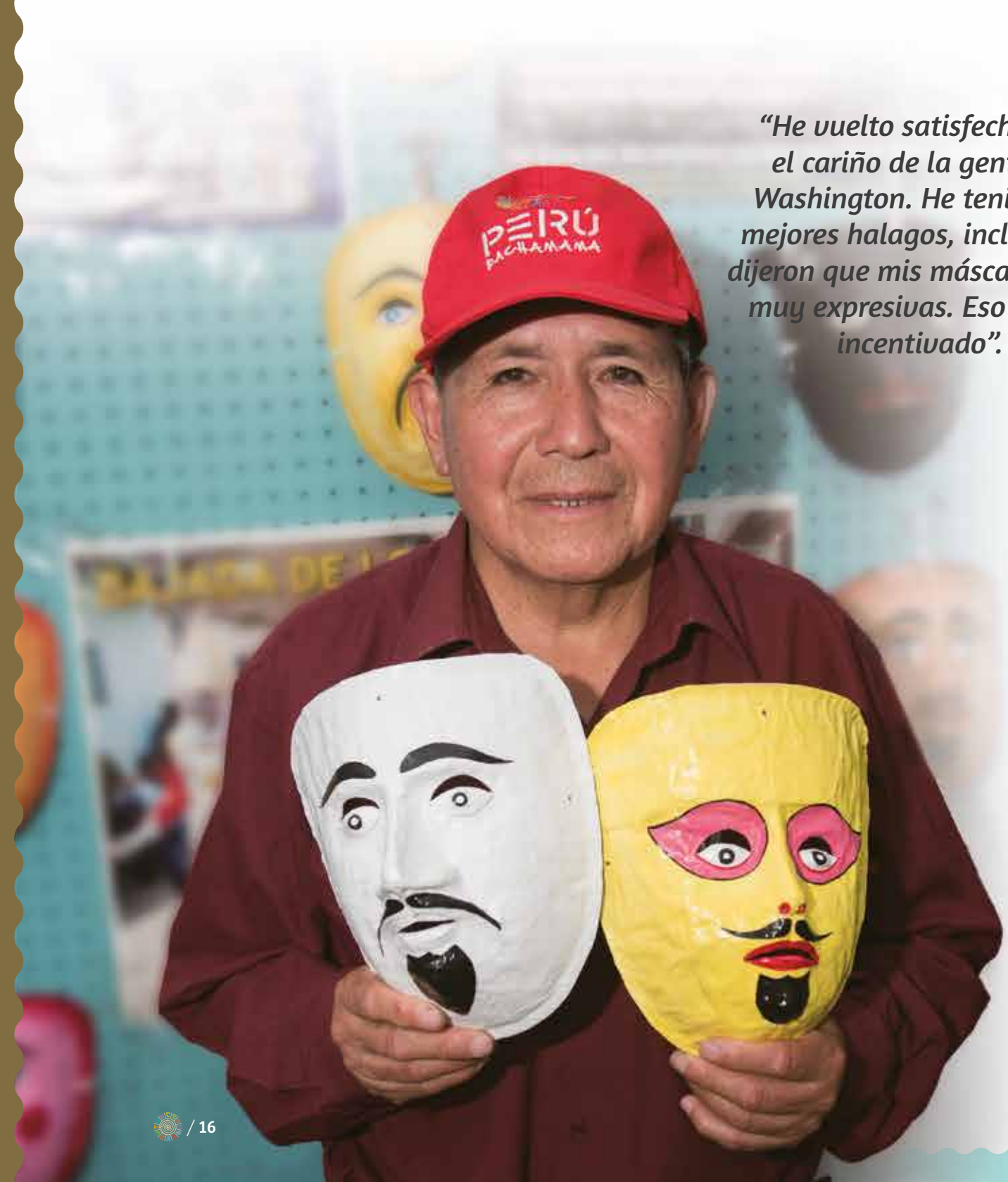
Explicué todo este proceso al público que nos fue a ver en el Smithsonian. Estaban sorprendidos de ver una técnica tan antigua, de observar en directo cómo se iba tejiendo un tapiz que luego se convertiría en una obra de arte para exhibirse en algún museo o galería.

Para ellos mi historia era una forma de aprender sobre los tapices artísticos de Ayacucho. Soy un especialista en ellos porque aprendí de

mi padre que, a su vez, aprendió del suyo. Es un arte que ha pasado en mi familia de generación en generación. Cada una de ellas ha ido perfeccionando este arte.

He viajado a otras exposiciones, a Europa específicamente, pero mi experiencia en Smithsonian ha sido diferente porque pude explicar con detalles la forma de hacer mi trabajo, les mostré cómo lo hacía. Si bien es cierto que cada tapiz se hace en cuatro ó cinco meses, el público pudo ver directamente cómo los iba haciendo.

Ellos pudieron ver también mis trabajos terminados porque el lugar que me asignaron en Washington lo decoré con dos obras de alpaca, dos tapices que fueron exhibidos últimamente en Lima.

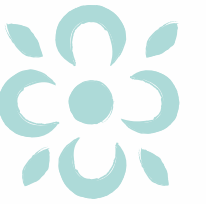


“He vuelto satisfecho con el cariño de la gente de Washington. He tenido los mejores halagos, incluso me dijeron que mis máscaras eran muy expresivas. Eso me ha incentivado”.



Germán Prado Mayorga

66 años, artesano mascarero
(Ayacucho, Región Ayacucho)



Sin máscaras



Llevé máscaras de Cangallo que se utilizan en el festival de la adoración del Niño Jesús, una fiesta que se celebra en esta ciudad. Mis mascaritas impresionaron, impactaron en los niños y los ancianos que asistieron al festival de Smithsonian.

Las quince muestras eran usadas por los niños y los ancianos para tomarse fotos. Ese impacto que tuvo mi trabajo en la gente me impresionó.

Como fue la primera vez que iba a un festival así, no tenía ni idea de cómo podría ser. Tenía la idea que sería un festival de exposición, demostrativo. Fui con ese criterio y me fue bien. Cada uno de los diez días que estuvimos expliqué de manera continua a quienes me preguntaban.

Llevé ilustraciones y fotografías; no tenía ni tiempo de descansar porque a cada momento el público me interrogaba, para qué lo hacía, de qué servía, por qué esta característica, en qué

festival se usaba o por qué los animales. Tenía que responder a todos.

Me sentí contentísimo. Por primera vez he dado a conocer a gente de otro país esta actividad tradicional exclusiva de Cangallo e incluso pude invitar a los turistas para que vayan a Cangallo.

Me gustaría abrir mi taller para volver llevando bailarines. He vuelto satisfecho con el cariño de la gente de Washington, gente culta y amable. He tenido los mejores halagos, incluso me dijeron que mis máscaras eran muy expresivas, que era un trabajador laborioso. Eso me ha incentivado.

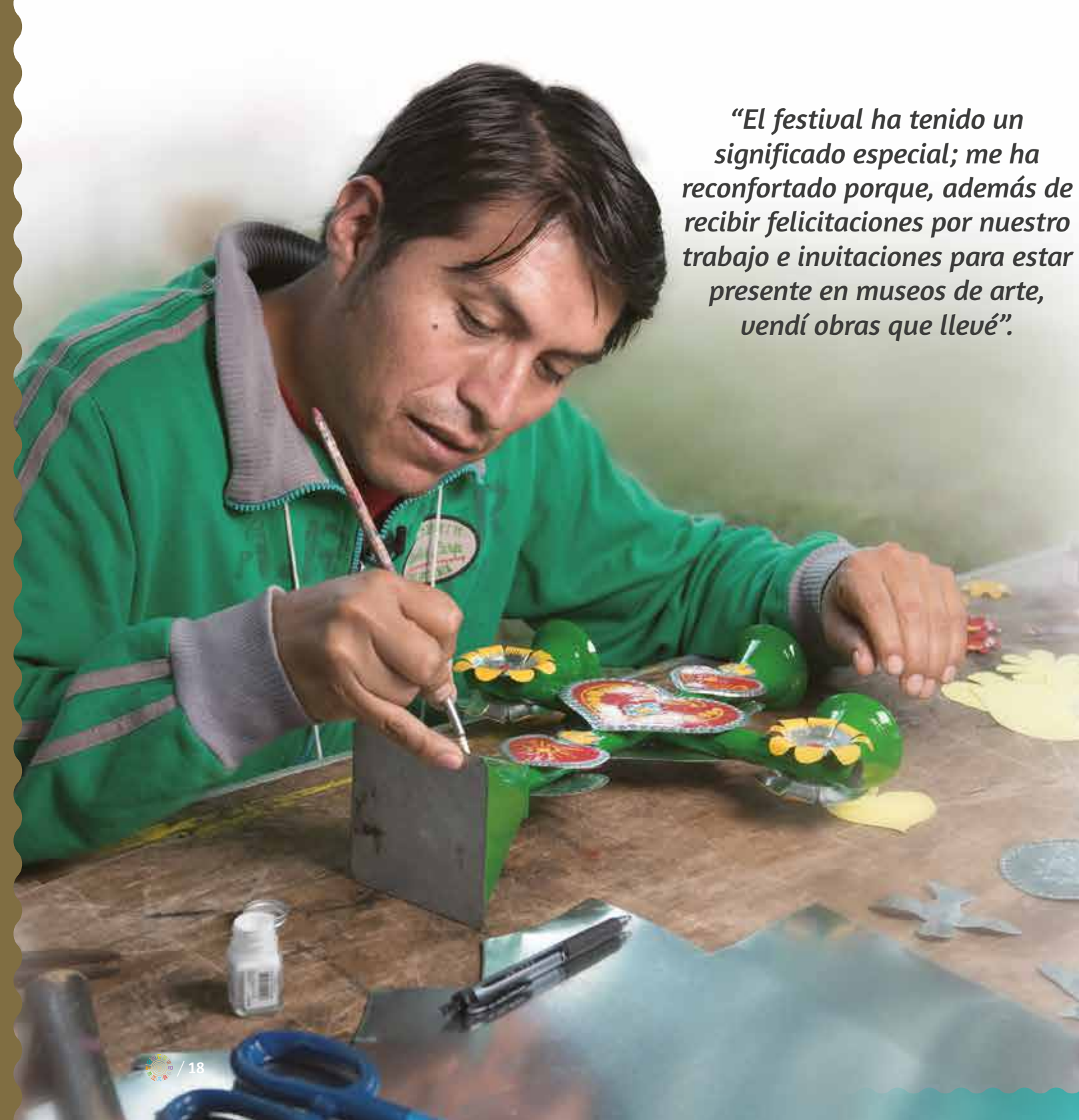
Cuando era joven, fui bailarín. Ahora me dedico también a coordinar pandillas de bailarines y confeccionar las máscaras que se utilizan en esos bailes.

Aprendí a hacer las máscaras entre los catorce

y quince años de manera casual. Llevo treinta años haciendo este trabajo. Confecciono para los bailarines que viven en Cangallo, Ayacucho y Lima. En Cangallo hay cinco grupos de familias que hacen la Bajada de Reyes; organizan esta fiesta tradicional de los Reyes de Cangallo para quienes fabrico estas máscaras.

La persona que hacía las máscaras falleció y no había quién las haga. Por curiosidad, sin maestro, tomé la decisión de hacerlas. Conforme pasaron los años la práctica me ayudó a perfeccionar mi técnica.

Las máscaras son de papel maché, envolturas de cemento que son consistentes y duras. Es un material especial. También utilizo el engrudo preparado de harina y papel maché. Para pintar la base uso talco medicado o tiza con goma o cola de carpintero. Eso lo hace más compacto y consistente.



“El festival ha tenido un significado especial; me ha reconfortado porque, además de recibir felicitaciones por nuestro trabajo e invitaciones para estar presente en museos de arte, vendí obras que llevé”.



Jang Araujo Ayala
37 años, artesano hojalatero
(Ayacucho, Región Ayacucho)



Corazón de latón



Vas con temor porque no sabes si les gustará tu arte de hojalata, pero vas cargado de alegría y esperanzas también porque te están dando la oportunidad de demostrar lo que sabes hacer y en un lugar donde quizás en otras circunstancias nunca habrías podido estar. Es como descubrir un nuevo mercado, muy pero muy lejos de mi Ayacucho.

Llevé al festival de Smithsonian las tradicionales Cruces de Pasión de Ayacucho, hechas con hojalata. Son cruces que se solían colocar en el techo de las casas, que significan la muerte y pasión de Cristo.

Aunque la artesanía de hojalata de México es más conocida en el exterior, mostramos en Washington que había otra en el mundo: la nuestra, la hojalatería peruana. El público norteamericano valoró nuestro arte porque demostramos que hay diferencias y ciertas

particularidades respecto a lo que ofrece México.

También llevamos candelabros pequeños, medianos, de una vela, de tres velas, de siete velas, son los candelabros judíos de la Semana Santa que se usan mucho en Ayacucho. Expusimos pequeños espejos decorativos y artículos de decoración, como los burritos que llevan carga.

El festival ha tenido un significado especial; me ha reconfortado porque, además de recibir felicitaciones por nuestro trabajo e invitaciones para estar presente en museos de arte, se ha vendido alrededor del ochenta por ciento de las obras que llevamos.

Más allá del resultado comercial, mi emoción se da porque este arte fue reconocido. Es una actividad artística un poco compleja para

desarrollar. Son muchos procesos para elaborar una obra de arte.

Aprendí este arte desde muy niño, ayudando a mi padre. Llevo veinte años haciendo cruces y candelabros de hojalata. Seguiré luchando para que este arte permanezca entre las tradiciones de Ayacucho.

Desde 1990 vengo trabajando de manera más organizada en mi arte. Por eso cuando me dijeron que iría al extranjero, sobre todo a la capital de Estados Unidos, me llenó de emoción y alegría. Era un espacio para difundir el arte que practicamos en Ayacucho.

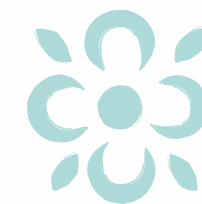
Era una gran oportunidad para poder promocionar este arte porque nos permitió dar a conocer a los residentes peruanos y norteamericanos nuestra hojalatería; así ellos pueden mantener vivo este arte al recordarlo y promoverlo.

“Estaba orgulloso de mostrar todo el arte que hacemos en Quinua, mi tierra donde somos libres para crear, para sentir, para vivir”.



Mamerto Sánchez Cárdenas

73 años, artesano ceramista
(Quinua, Región Ayacucho)



Somos libres



Llevé muestras de mi trabajo en Quinua, llevé mi arcilla y le expliqué a la gente cómo hacía los platos, los toritos, las iglesias, los candelabros, la jarjacha que es como un florero de cerámica. Era como un profesor explicando a sus alumnos.

Me sentí muy contento con eso, era llevar mi arte a tierras lejanas, era mostrar todo aquello que usamos en Quinua, mi pueblo, en las ceremonias matrimoniales, en nuestra vida cotidiana.

Para la fiesta del 8 de septiembre, cuando celebramos la Fiesta Patronal de la Virgen de Cocharcas y la Fiesta Patronal del Señor de Exaltación, hago platos y toritos, que las familias llevan a la iglesia para que sean bendecidos. Así su ganado también recibe esa bendición. También hago porongos para transportar la chicha.

Llevé una muestra de todo eso a Washington, donde también hice velas, candelabros. En el festival les expliqué todo eso y se sorprendían de la cantidad de cosas que podía hacer.

Estaba orgulloso de mostrar todo el arte que hacemos en Quinua, mi tierra donde somos libres para crear, para sentir, para vivir.

Aprendí de mi padre a trabajar la arcilla; todavía mantengo su forma de trabajo. Pinto a mano y con pintura natural, no uso moldes.

Mantengo la forma de hacer artesanía que tenía mi abuelo, es la manera que me permite expresar mis sentimientos, vivencias.



“Mi comida debe ser buena porque la gente al sentir los aromas se ponía feliz, como mis paisanos en Ayacucho cuando comen mi menú”.



Ana María Ccahuin Berrocal

31 años, agricultora y cocinera
(Huanta, Región Ayacucho)



Aventura de la quinua



Aprendí a preparar platos con quinua probando, haciendo mezclas, mirando a mi mamá cocinar, pero nadie me enseñó cómo preparar los platos que hoy son parte de mi menú y que me llevaron al Smithsonian.

Lo único que sabía era sembrar quinua con mi familia. Allí mostré un menú con sopa de quinua y queso, tortilla de quinua, arroz chaufa con quinua. Hasta mazamorra les llevé.

Mostré también cómo se podía hacer un pollo broaster con quinua, un tamal de quinua. La gente se sorprendía de la cantidad de platos que podíamos hacer.

La mazamorra y el tamal fueron los que más llamaron la atención. Me preguntaban cómo

hacer estos platos y les di las recetas una y otra vez, cada vez que venía una persona volvía a dar mi receta.

Les interesaba saber dónde conseguir la quinua; les contaba que para nosotros en Ayacucho es un alimento tradicional, que es parte de nuestra comida diaria porque es muy alimenticia. Al público extranjero le llamó la atención este menú que formé con mis propias recetas.

En realidad son platos que se consumen mucho en Ayacucho. No es complicado cocinar quinua ni buscar nuevos platos.

En Quiturara, provincia de Huamanguilla (Ayacucho), tenemos veinte hectáreas donde

sembramos quinua. Hace cuatro años que cocino platos con quinua. Ahora les enseño a mis hijos.

Mi comida debe ser buena porque la gente al sentir los aromas se ponía feliz, como mis paisanos en Ayacucho cuando comen mi menú.

Me sentí muy bien cuando me dijeron que viajaría a otro país, nunca había viajado en avión, se sentía muy bonito. Cuando llegamos sentí que había mucho cariño, la gente era muy cariñosa y se interesaba en mis platos.

Sentí muy alegre a la gente que fue a vernos al festival, quisiera regresar.

“A ellos les sorprendió esta forma de trabajar, a mí me sorprendió el amor con el que nos atendieron, el cariño y respeto que mostraron por lo que les llevamos”.



Renée Gutiérrez Quispe

31 años, agricultor de quinua y artesano ceramista
(Huanta, Región Ayacucho)



Las cosas simples de la vida



Me preparé mucho para explicar cómo sembrar y curar la quinua orgánica, cuál es el manejo y el procedimiento para cultivarla. Me gustó también llevar nuestras artesanías, la que hacemos en Ayacucho.

En realidad, lo que hice en el festival de Smithsonian fue mostrar la convivencia familiar en mi tierra, cómo vivimos los agricultores, qué es lo que hacemos.

Me dio mucha emoción viajar a Estados Unidos, ver mi sueño cumplido de que vean mis productos en un país lejano. Me sentí alegre de mostrar mi trabajo y la forma cómo vivo.

Esta forma de convivencia le impactó a la gente. Les expliqué que cultivo la quinua en un determinado tiempo, que no me dedico todo el mes o todo el año a eso y que en el tiempo

libre, mientras la quinua crece, me dedico a la artesanía hecha de barro.

Es mi forma de vida, la de mis paisanos, la de mi familia. Cada día enfrentamos la vida con lo que la naturaleza nos da, con la sencillez del campo, de mi artesanía.

A ellos les sorprendió esta forma de trabajar, a mí me sorprendió el amor con el que nos atendieron, el cariño y respeto que mostraron por lo que les llevamos.

Sentí mucha emoción porque estaba en un lugar donde nunca me había imaginado llegar. Era una emoción muy grande hacer algo fuera del país. Aquí siempre exponíamos sobre quinua orgánica, pero nunca fuera del país.

Ha sido muy distinto el sentimiento, sentí mucho orgullo de lo que soy y de lo que hago.

Eso es lo que quiero transmitir a mis dos hijos, el orgullo por lo que somos y hacemos.

Desde pequeño me gustó trabajar; comencé con la artesanía, cuando crecí me enseñaron a diseñar y hacer pintura natural. Así comencé a crear. Abrí mi taller y luego me dediqué a la agricultura.

La gente que asistió al festival pudo conocer a través de mi historia cómo se vive en un país lejano para ellos, cómo pasan los días las familias ayacuchanas. Eso les permite conocer más el Perú, saber más de nosotros, los peruanos.

A nosotros el festival nos dio una nueva experiencia, nos dio la posibilidad de revalorar lo que hacemos y somos. Ojala se repita la experiencia.

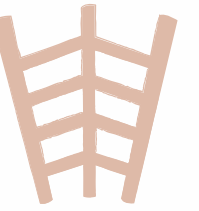


cusco

“Cuando nos comunicaron que iríamos a Estados Unidos nos alegramos porque íbamos a ver otro panorama y porque nos daba la opción de mostrar el puente que une nuestras comunidades”.



Paulo Oroche Taype
43 años, constructor del puente
(Comunidad Collana-Quehue, Región Cusco)



Tejiendo puentes



¿Cómo se puede construir un puente con hierbas? Se preguntaba la gente que llegaba al festival de Smithsonian. Había muchos latinos, norteamericanos, algunos turistas europeos y a todos les impresionaba. Me dio mucha alegría llegar a Estados Unidos porque desde niño siempre veía que los turistas que llegaban a mi pueblo se sorprendían con el tipo de trabajo que hacemos en el puente. En este viaje me tocó difundir esa parte de mi pueblo, de mi cultura.

En el distrito de Quehue, provincia de Canas en Cusco, hacemos el puente en tres días, con más gente, pero allí nos dieron diez días para que los visitantes pudieran ver todo el proceso que seguimos para construir el puente de Q'eswachaka.

Llevamos a Washington la chilligua, material propio de nuestras comunidades. Fuimos representantes de las comunidades de Collana, Huinchiri, Chaupibanda y Choccayhua;

cada una envió a Washington una cantidad proporcional de material que llegó 4 meses antes del festival.

Cuando nos comunicaron que iríamos a Estados Unidos no solo nos alegramos porque íbamos a ver otro panorama, sino, sobre todo, porque nos daba la opción de promocionar nuestra localidad, de mostrar a los turistas el puente que une nuestras comunidades.

El puente de Q'eswachaka es nuestro patrimonio, un trabajo de mucha gente, de nuestros ancestros. Es un arte para nosotros, un monumento que siempre vamos a valorar.

Según las historias que se cuentan en nuestras comunidades, el puente data de hace más de 500 años. Algunos historiadores nos dicen eso. Desde que nací siempre he visto renovar el puente y también soy parte de esa renovación.

Cada año nos juntamos las cuatro comunidades y sumamos casi mil personas. El primer día

preparamos el torcido de la qheswa, es decir la sogá. Al día siguiente hacemos el prensado y al tercer día el acabado.

Antes de este puente, las comunidades no tenían forma de comunicarse. Es posible que nuestros ancestros hayan hecho ese puente para comunicarse y cruzar el río Apurímac. Ahora ya no lo utilizamos para cruzar el río porque hay otros puentes más cercanos y los caminos son más cortos.

Pero cada año, en junio, renovamos el puente Q'eswachaka como patrimonio. Así está listo para cuando vengan turistas y lo puedan usar.

Ahora lo que nos preocupa es que la chilligua está en extinción por el sobrepastoreo y el cambio climático. Por eso, cada comunidad cuida una parcela de esta paja, que crece en las laderas y humedales de la provincia. Debemos seguir preservando el puente.

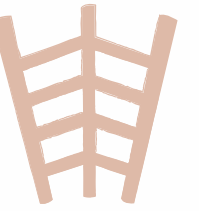


“Nuestro trabajo fue admirado por los visitantes del festival y para nosotros fue maravilloso ver cómo nos tomaban fotos, las preguntas que nos hacían, el interés por nuestras comunidades”.



Victoriano Arizapana Huayhua

52 años, constructor del puente
(Comunidad Huinchiri, Región Cusco)



¡Cuán lejos llegarás!



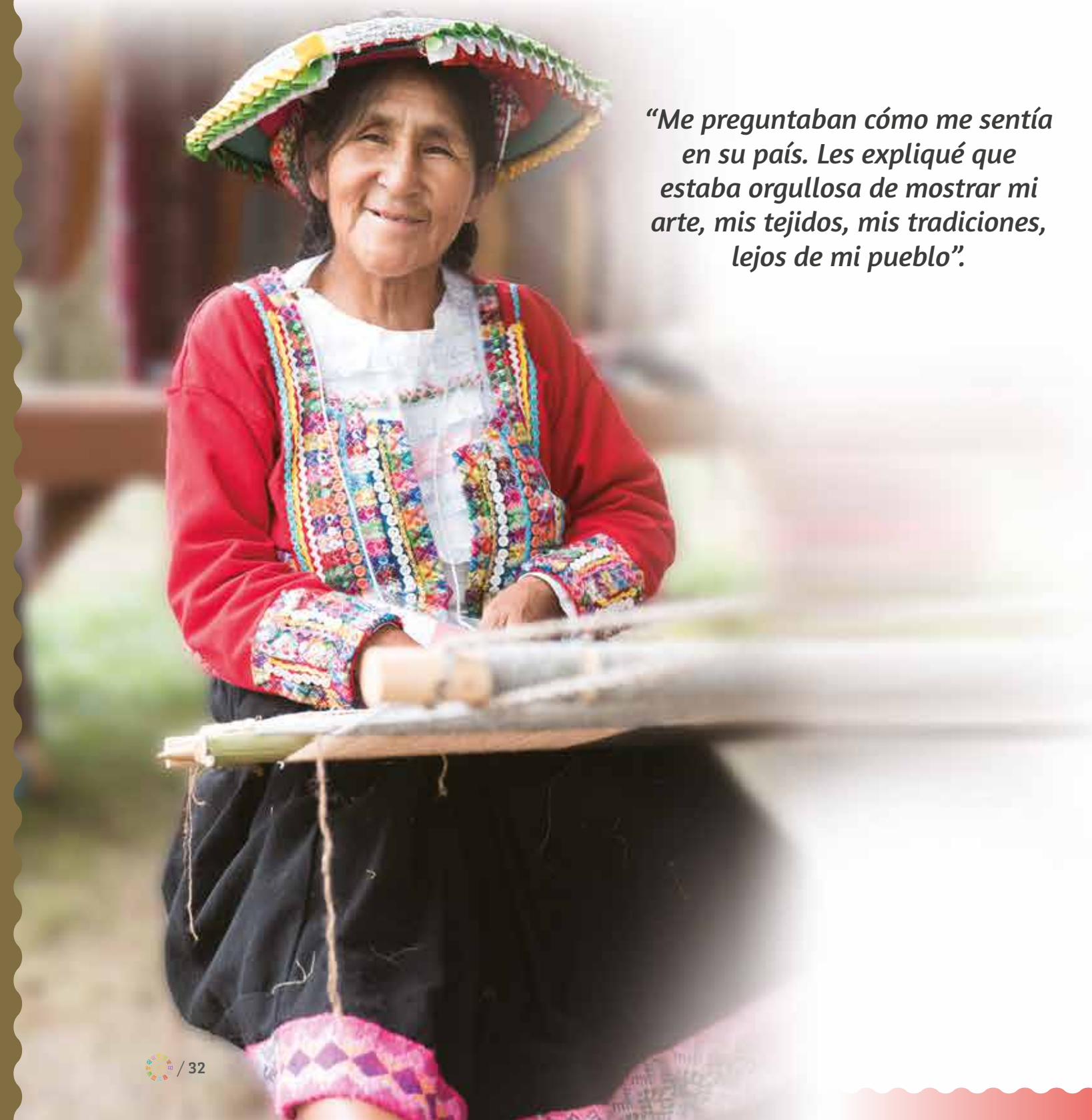
Fue muy emocionante compartir con otra gente y en otro país la forma cómo reconstruimos el puentes de Q'eswachaka" cada año en junio. Hicimos un puente igualito allá.

Nuestro trabajo fue admirado por los visitantes del festival y para nosotros fue maravilloso ver cómo nos tomaban fotos, las preguntas que nos

hacían, el interés por nuestras comunidades.

Tengo 52 años y desde los doce ayudo en la conservación del puente. Mi padre me enseñó cómo hacerlo y ahora les enseño a mis sobrinos, a mis nietos. El puente debe permanecer como lo dejaron nuestros ancestros. Por eso es que cada generación le enseña a la siguiente cómo hacer el trabajo.

Para armar y tensar las sogas se necesita mucha fuerza. Es jalar, pisar, es muy duro. Nos unimos cuatro comunidades y entre todos cada año trabajamos para mantener el puente vivo. Es nuestra responsabilidad, un compromiso con nuestros antepasados.



“Me preguntaban cómo me sentía en su país. Les expliqué que estaba orgullosa de mostrar mi arte, mis tejidos, mis tradiciones, lejos de mi pueblo”.



Quintina Huanca Quispe

56 años, artesana tejedora
(Pitumarca, Región Cusco)



Colores primarios



Mientras tejía, urdía o cantaba, la gente me tomaba fotos y esos son mis mejores recuerdos, además de los regalos que me dieron como símbolo de su amistad.

Cuando me dijeron que viajaría a Estados Unidos, me preocupé. Nunca había viajado en avión. El viaje era muy largo, lejos de mi pueblo y tenía miedo porque no sabía a dónde iba a llegar o si me iba a sentir mal allí.

Cuando llegué y vi a la gente que iba al festival, me sentí feliz, tranquila. Me preguntaban cómo me sentía en su país. Les expliqué que estaba

orgullosa de mostrar mi arte, mis tejidos, mis tradiciones, lejos de mi pueblo.

Expuse los tejidos de mi comunidad que se conocen como Tiklla; cada comunidad está dividida en cuatro y la Tiklla tiene también cuatro colores, además su urdimbre es distinta a la que hacen otros pueblos.

Les mostré las llicllas que usamos para cargar cosas en la espalda, como bebés, comida. Nos cubre además del frío.

En Washington hice muchas cosas, recuerdo

haber bailado, cantado, cocinado, hecho chicha, tejido fibra de alpaca. Hice además la ceremonia del chuño que es un ritual muy importante para la fertilidad de las alpacas de mi comunidad.

Desde pequeña crecí con estos rituales porque en mi comunidad la alpaca y la llama tienen mucha importancia.

Aprendí a tejer desde los once años, mi madre me enseñó. Hoy tengo 56 años y llegué a Estados Unidos, donde la gente ha visto lo que hacemos y me mostró que valora lo que hago.

“El viaje me abrió las puertas hacia el futuro. Espero que no sea el último, que haya más oportunidades para mostrar nuestro arte textil en el exterior”.



Rosa Pumayalli Quispe

27 años, artesana tejedora
(Chinchero, Región Cusco)



Entrelazando días



Muchas personas cuando ven un telar solo ven que es decorativo, pero no es así. Ese telar tiene plasmadas alegrías, tristezas de colores, quizá al estar hilando o torciendo ocurrieron cosas bonitas en tu vida y ese es el recuerdo que dejas al hacer un tejido.

Eso es lo que siento cuando tejo y que pude transmitir en el festival de Smithsonian; sentí la emoción de la gente al vernos tejer. Me preguntaban cómo lo hacía; les explicaba que debían aprender primero, que todo tiene un proceso, desde la obtención de la fibra, el hilado, el torcido, la urdimbre, luego el tejido y el acabado final.

Eso me emocionó, que la gente estuviera interesada en todo el proceso de tejido, no solo en el final.

Me sentí feliz también porque no podía creer

que había llegado a Estados Unidos para mostrar mi arte, mis costumbres y mi tradición. Allá no solo tejimos sino que también cocinamos, cantamos, bailamos y mucho más.

Llevé tejidos de Chinchero, mantas que tejo desde los ocho años. Aprendí gracias a mi abuelita que también es tejedora; me enseñó cómo se hace el tejido, el hilado, los teñidos y los diseños. En Chinchero hay como 120 diseños y ella sabía todos.

Ahora tengo 27 años y hago todo el proceso del tejido en el telar. Me sentía muy feliz de mostrar allí lo que es el arte textil en todas sus variedades. Que la gente vea cómo se hace, cómo es el proceso porque mucha gente lo ve por televisión o libros, pero no han visto a una persona que lo está haciendo. No es sólo un tejido cualquiera, sino que tiene historia, la historia de las que tejemos. Podemos plasmar

en una manta si estamos felices o no.

Mientras una teje, es como un relajo. Estar con tus amigas, hablando y tejiendo. Siempre estás feliz porque estás recordando los momentos más bonitos. Cuando tejo siempre recuerdo a mi abuelita que me enseñó a tejer. Siempre estoy alegre cuando estoy tejiendo porque me siento como si estuviera con mis hermanos o mi familia o con las compañeras que tejen a mi lado.

Siempre pienso que aprendí algo chiquito y ahora hago algo grande. Quizás aprendí algo no tan fino, pero ahora lo hago muy fino. Todo eso lo transmití en el festival.

En lo personal, el viaje me abrió las puertas hacia el futuro. Espero que no sea el último, que haya más oportunidades para mostrar nuestro arte textil en el exterior.



“Demostramos que hay mucho que aprender del Perú, que los tejidos de una zona y otra son distintos en colores, formas, tamaños y formas de tejer, que cada uno identifica una comunidad, que los hilos cambian”.



Nilda Callañaupa Álvarez
55 años, artesana tejedora
(Chinchero, Región Cusco)



Hilos conductores



Estuvimos orgullosos de venir desde un país tan pequeño pero con una amplia variedad de costumbres, habilidades, conocimientos; todo eso heredado de nuestros ancestros. Era lo más lindo, lo más interesante, ver tanta variedad que ni siquiera los peruanos nos conocíamos tanto entre nosotros.

Mostramos varias actividades, no sólo expusimos sobre el telar de cintura con el que hacíamos ponchos, mantas, sino también tejidos de Pitumarca, la cocina típica del Cusco con platos como el chiriuchu, la forma de tejer los chullos, los tintes naturales que usamos.

Incluso nos acompañó un pintor de cuentos de

niños; llevamos fibra de alpaca, realizamos la ceremonia de la fertilidad de la alpaca.

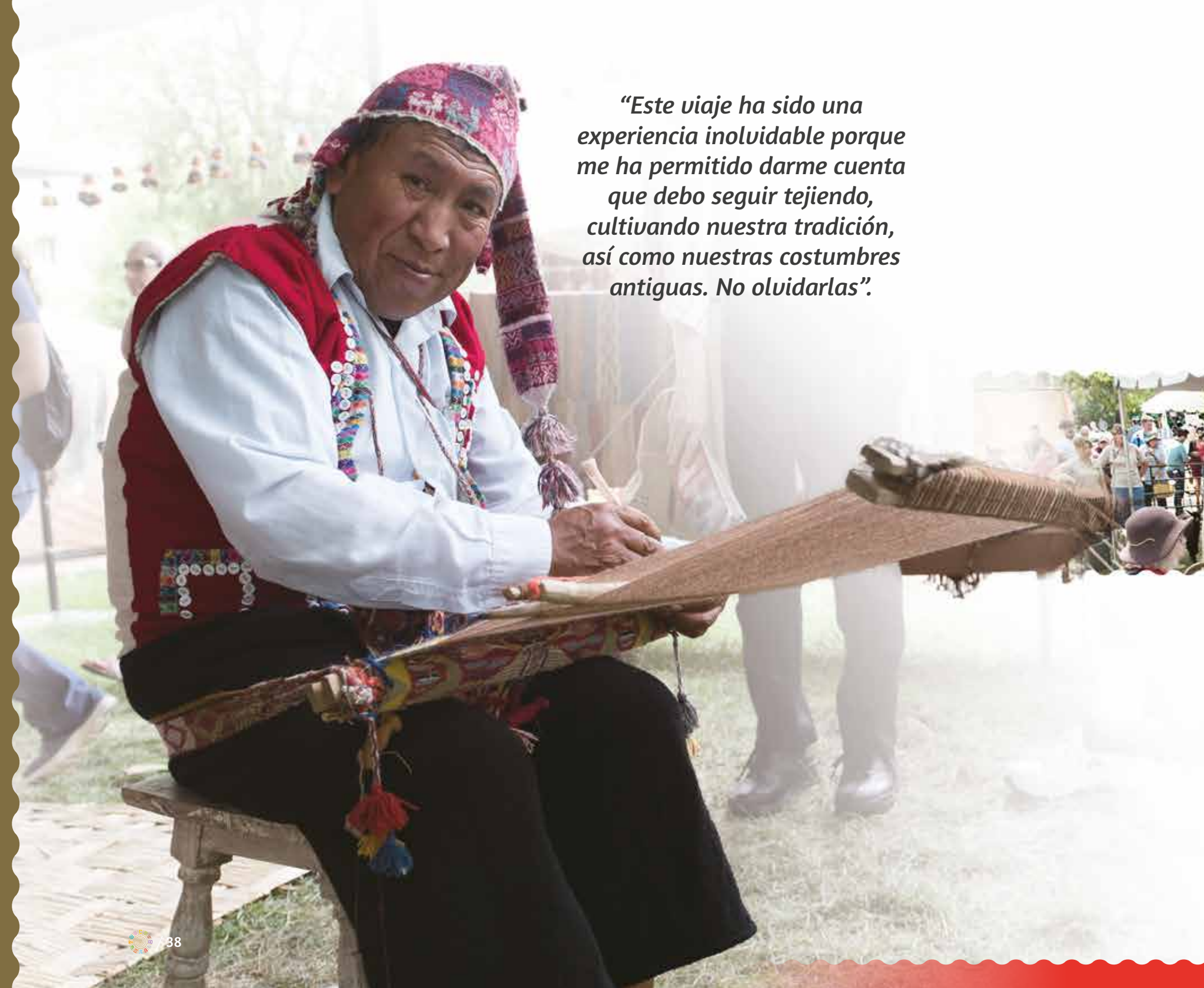
Antes había participado de la instalación del Museo Indio Americano, pero no había estado en el festival de Smithsonian. Tenía muchas expectativas porque sabía que se habían presentado otros países. Pero cuando uno está allí es diferente, es impresionante, es algo grande.

Uno no se imagina la cantidad de gente que llega, su interés por conocer nuestras costumbres, nuestros productos, por tocar la fibra de alpaca, el interés de los niños por hilar por primera vez.

Tuvimos conversatorios sobre la vida de las tejedoras, el turismo, la cultura, es decir que tuvimos actividades cada día y era algo maravilloso porque podíamos compartir mucho sobre el Perú y su cultura andina, la cultura de la selva. El Perú estuvo bien representado.

Demostramos que hay mucho que aprender del Perú, que los tejidos de una zona y otra son distintos en colores, formas, tamaños y formas de tejer, que cada uno identifica una comunidad, que los hilos cambian.

En lo personal, me ayudó a tener una idea de cómo organizar una reunión de tejedoras en el futuro.



“Este viaje ha sido una experiencia inolvidable porque me ha permitido darme cuenta que debo seguir tejiendo, cultivando nuestra tradición, así como nuestras costumbres antiguas. No olvidarlas”.



Timoteo Ccarita Sacaca

60 años, artesano tejedor
(Pitumarca, Región Cusco)



El señor de las alpacas



Soy de Pitumarca de la provincia de Canchis, departamento del Cusco. Allí tejemos de la misma forma que se hacía en la época colonial, una mezcla entre lo indio y lo español, cuando las prendas eran utilizadas solo por la nobleza del incanato.

Llevé al festival de Smithsonian esos tejidos de estilo colonial y el ritual para alpacas, que en Pitumarca acostumbramos hacer para celebrar a nuestras alpacas en carnavales, para que tengan más lana. Hacemos pagos a la Pachamama, es decir a la tierra.

Hace cuarenta años que tejo, aprendí cuando tenía quince años, de mi mamá, quien me

enseñó los tejidos planos. A los veinte años aprendí la tapicería. Ahora tengo sesenta. Mis tejidos muestran la forma cómo veo el mundo, en ellos cuento mi historia y mis pensamientos.

También llevé danzas porque, dentro del ritual para alpacas, predomina la danza de carnaval con flauta. Después del ritual de las alpacas salimos a la plaza a bailar. Fuimos nueve personas y era la primera vez que viajaba.

Del ritual de la alpaca, les sorprendió todo. Era novedoso para ellos. Hicimos que cada semana participe una familia, de modo que puedan experimentar todo lo que significa esta ceremonia.

Saber que viajaría me alegró porque me permitiría intercambiar experiencias culturales con otros países.

A mucha gente le gustó lo que hicimos. Les sorprendió ver que mis tejidos eran muy parecidos a los que había en el Museo Nacional de los Indígenas Americanos.

Este viaje ha sido una experiencia inolvidable porque me ha permitido darme cuenta que debo seguir tejiendo, cultivando nuestra tradición, así como nuestras costumbres antiguas. No olvidarlas. Eso se me ha quedado en la cabeza.

“Me ha sorprendido y me siento alegre de haber conocido ese país, pero sobre todo de haber hecho conocer mi etnia, decir que estaba desapareciendo. Moralmente nos levantaron, nos impulsaron a seguir peleando”.



Victorio Dariquebe Gerewa

53 años, agricultor y cazador
(Comunidad Queros- Wachiperi, Región Cusco)



Tenemos remedio



Estuvieron atentos a nuestra historia porque supieron que como etnia estábamos desapareciendo. Les contamos que ni en el Cusco sabían que tenían una zona de selva donde vivíamos. Les mostramos fotos de nuestro lugar de origen y decían que no debíamos desaparecer.

Nos aplaudieron mucho. Pensaban que Cusco era solo Machu Picchu y no sabían que tenía selva.

El viaje fue como un sueño. De acá salimos preparados para representar bien a nuestra etnia, al Perú. Para mí ha sido una alegría salir por primera vez y espero que alguna vez pueda ir a otro lugar. Nos han recibido bien y

nos preguntaron mucho sobre las flechas y las plantas medicinales que llevamos.

Me ha sorprendido y me siento alegre de haber conocido ese país, pero sobre todo de haber hecho conocer mi etnia, hacerles ver que estamos desapareciendo. Moralmente nos levantaron, nos impulsaron a seguir peleando.

La gente del festival de Smithsonian ha sido muy respetuosa. Me he sentido respetado por la gente, a la que narramos también nuestros cuentos.

También llevamos nuestros platos típicos como el pacamoto, la patarashca. Llevamos variedad de flechas que nos sirven para cazar animales y pescados.

Desde pequeño aprendí a hacer flechas, veía a mi papá desde los siete años. Hoy tengo 53 años y les enseño a los más pequeños, como ha sido siempre en nuestra comunidad.

Les enseño también los cuentos, las canciones que sabemos desde pequeños. Hacemos concursos de lanzamiento de flechas y eso es lo que llevamos también a Washington.

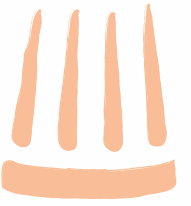
La gente se mostró muy respetuosa de nuestra historia y eso me llenó de mucha alegría y de una enorme esperanza de lo que podemos conseguir para que mi etnia no desaparezca. Ahora ya saben que existimos y que estamos luchando por seguir vivos.

“Cuando llegamos muchas personas se interesaron por lo que llevamos, muchos se sorprendían de nuestra existencia. Tomaron interés y fue emocionante decirles que existimos, mostrar lo que hacemos”.



Odette Ramos Dumas

24 años, artesana de cestería
(Comunidad Queros-Wachiperi, Región Cusco)



Fruto de la vida



Wanamey es el nombre del cuento que los Wachiperi contamos para hablar del árbol de la vida, de por qué nuestra etnia está desapareciendo. Nos habla de una mujer que se formó en un árbol para salvar a las personas y a los animales.

Los Wachiperi somos pocos, estamos perdiendo nuestra lengua, nuestra cultura. Por eso llegar al festival de Smithsonian nos permitió dar a conocer nuestra etnia y el peligro que corremos.

También dimos a conocer nuestra cocina, artesanía, cuentos y el propio idioma Wachiperi. Todo eso lo hacemos en nuestra comunidad porque los jóvenes que viven allí no hablan ni siquiera el idioma.

Los cuentos son una forma sencilla de permanecer, de difundir nuestra cultura,

nuestro idioma. Por eso, cuando nos invitaron al festival pensamos que era una forma de compartir con personas de otros países nuestra existencia y nuestros esfuerzos por mantenernos vivos como etnia.

Esperábamos que la gente nos conociera, se interesara por los Wachiperi. Queríamos que se interesen por nuestra historia y cultura. Esa era nuestra expectativa cuando viajamos a Washington.

Cuando llegamos muchas personas se interesaron por lo que llevamos, muchos se sorprendían de nuestra existencia. Tomaron interés y fue emocionante decirles que existimos, mostrar lo que hacemos. Poder compartir lo nuestro fue una sensación muy fuerte.

En lo personal, este viaje fue muy importante y lindo porque pudimos formar, con otros pe-

ruanos, un vínculo importante para valorarnos como país.

Aprendí a querer nuestra cultura al conocer cosas que no sabía de otras partes del Perú. Comencé a querer muchas de esas cosas y a pensar que no podemos perderlas. Cualquier cultura, en cualquier rincón del país es muy importante. Creo que eso me alimentó emocionalmente para saber que mi tierra vale mucho.

Tengo tres hijos y mi compañero. Estamos comenzando a enseñar a nuestros niños el idioma. También voy a compartir con mis hijos los cuentos como lo hice en Washington.

A la comunidad le dijimos que nuestra experiencia fue buena y que las personas deben saber de nuestra cultura y saber que existimos.

“Estar en el festival, cantar y ver cómo la gente reaccionaba a mis huaynos, fue una experiencia muy hermosa”.

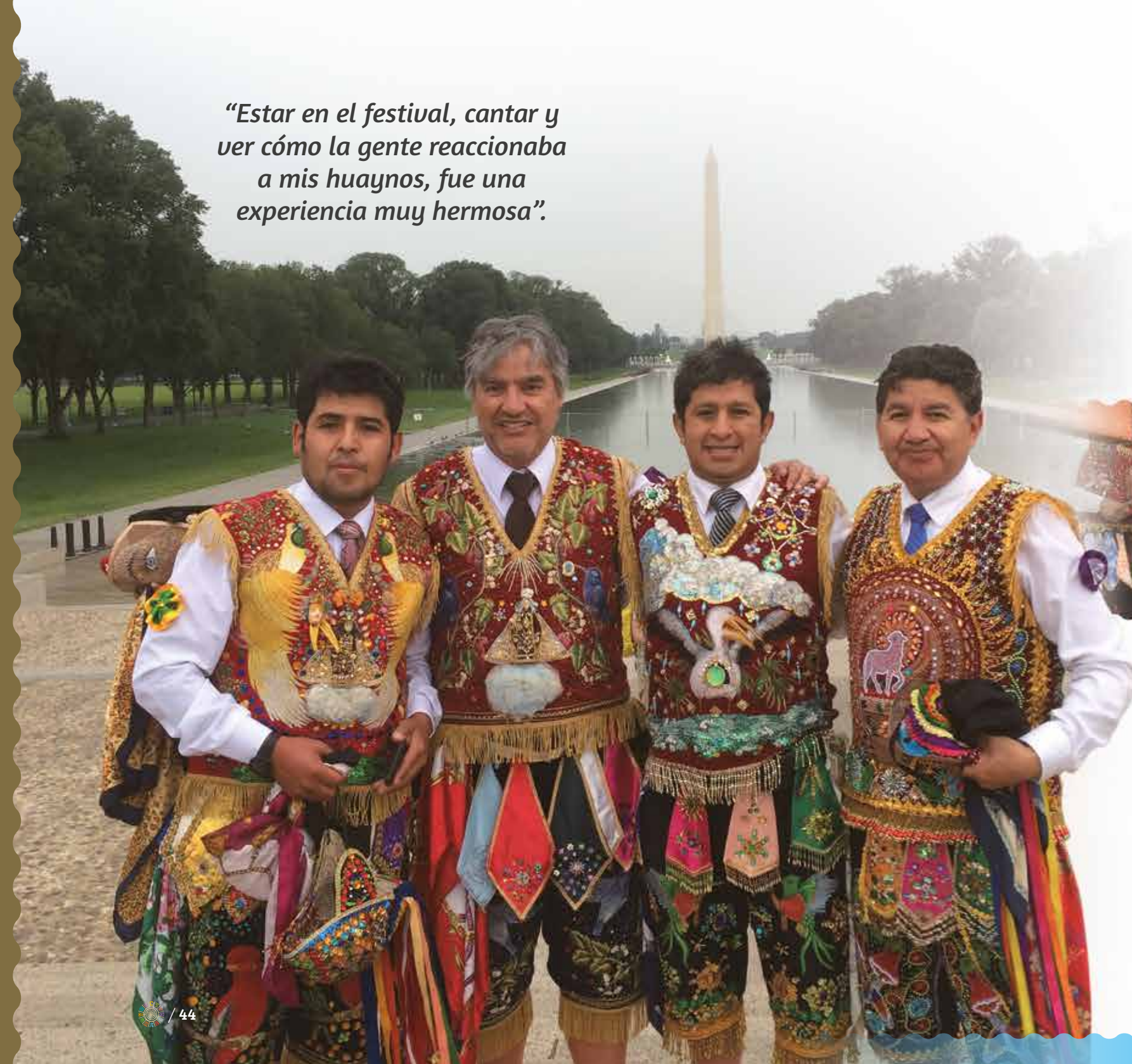


Ricardo Vargas Luna

42 años, músico y artesano mascarero
(Paucartambo, Región Cusco)



Al son de mi corazón



Cantaba huaynos, los de mi tierra, Paucartambo, de Huancayo, Apurímac, Huaraz. Lloraba y los peruanos que me oían lloraban conmigo. Pero también lo hacían los americanos y los europeos que estaban en el festival.

Fue un sueño estar en Estados Unidos, pero lo más importante es que fue un momento donde uno debía expresar todo lo que sentía como peruano, donde debía difundir lo que hacemos aquí, en Paucartambo.

Lo hice con el mayor cariño y aprecio, lo hice con todo el corazón, en un momento incluso eché lágrimas porque así lo sentía, porque fue la expresión más linda que tenía para la gente que de mí se enamoró.

Mucha gente ahora me envía mensajes por redes sociales diciendo que me extrañan. También los extraño porque fueron personas muy encantadoras y se enamoraron de lo que hago.

Fui al festival de Smithsonian como músico. Pero también soy miembro de la contradanza de la provincia de Paucartambo. En el Smithsonian hice música, canté y apoyé a un grupo de Chincheros tocando.

Mostré todo lo que sabía hacer, cantaba huaynos del grupo “Los Campesinos de Paucartambo”. Canté llorando “Mi tierra Paucartambo”, “Ojos hechiceros”, “Pucuytito”, “Agua rosada”, “Águila negra”, “Belleza paucartambina”.

Estar tan lejos de tu tierra te hace añorarla. Había muchos paisanos peruanos a quienes les dedicaba ciertos huaynos y veía la emoción que tenían hasta el punto de echarse a llorar. Cuando me pedían ciertos temas en el local donde estaba la Virgen del Carmen, había una interrelación con los americanos, europeos o sudamericanos. Había sentimientos encontrados en ese momento.

Desde los catorce años aprendí a tocar la quena,

la zampoña, el bombo, la tinya, entre otros instrumentos andinos con los que me siento identificado. Ahora soy parte de la Asociación Folclórica de Contradanza. Este viaje a Washington fue una gran alegría para nosotros.

Pero estar en el festival, cantar y ver cómo la gente reaccionaba a mis huaynos, fue una experiencia muy hermosa. Había muchos hermanos latinos, además de americanos y europeos. Ellos percibían cuál era mi expresión hacia ellos mediante la música y el canto y todo lo que podía verter mediante la manifestación de ese momento.

Había química entre ellos y los cuatro músicos que fuimos y toda esa gente.

Creo que hemos abierto una puerta para seguir cantándole a la gente, para recordarles que allá, muy lejos está Paucartambo con sus huaynos y sus danzas para festejar a la Virgen del Carmen, a nuestro puente colonial.

“Sentí mucho respeto, sobre todo de parte de los niños. Hicimos talleres con ellos para explicarles en qué consiste la danza, los pasos y los trajes que usamos en la fiesta de la Virgen del Carmen”.



Yván Zamalloa Cornejo

45 años, danzante de Contradanza de la Virgen de Paucartambo
(Paucartambo, Región Cusco)



Por la mamacha Carmen



Dicen que rezar es una forma de pedir a Dios, cantar es la segunda pero rezar, cantar y bailar es la más completa. Eso es lo que hacemos en la Fiesta de la Virgen del Carmen de Paucartambo, en el Cusco.

Eso fue lo que hicimos también en el festival de Smithsonian, una demostración de fe a través de la danza; teníamos mucha esperanza de transmitir nuestra cultura viva, andina, nuestro catolicismo. Aquello que cada año experimentamos entre el 16 y 18 de julio en el pueblo de Paucartambo.

En el festival sentí mucho respeto, sobre todo de parte de los niños. Hicimos talleres con ellos para explicarles en qué consiste la danza, los pasos y los trajes que usamos en la fiesta de la Virgen. Me impresionaron mucho los

niños, quienes han compartido nuestra música y se apasionaban por saber cómo se tocaban los instrumentos tradicionales y nos hacían muchas preguntas.

Sentí que Estados Unidos es un pueblo con mucha pasión. Sentí también mucho respeto de parte de su gente, respeto a las costumbres de otros pueblos. Pero también me he sentido muy complacido y orgulloso de pertenecer y tener una tradición milenaria que nos une en un sincretismo.

Soy uno de los 52 danzarines de una de las cuadrillas que forman parte de la fiesta de la Virgen. Bailo desde los 18 años. Para nosotros la contradanza representa el mestizaje que tenemos y que hemos sabido preservar en Paucartambo. Esta danza es para nosotros una

forma de vida porque todo se vive alrededor de ella.

El festival de Smithsonian me hizo también enriquecer mis conocimientos respecto a las tradiciones de otros países porque me permitió convivir con muchos artistas y antropólogos de México y Estados Unidos que estaban admirados de nuestra tradición y cultura.

Esta experiencia nos ha servido y nos ha hecho dar cuenta de cómo podemos cultivar nuestra tradición sin cambios. Cusco es una ciudad muy heterogénea que recibe a muchos turistas. Esto hace que las costumbres y tradiciones se pierdan. Debemos trabajar mucho y documentar materialmente esos legados, tanto de nuestra cultura como de nuestras tradiciones.



“Hemos mostrado y vivido cómo queremos tanto nuestra cultura, cómo la valoramos. Eso ha sido para nosotros el festival de Smithsonian. Valorarnos y respetar más nuestro Perú y nuestras costumbres”.



Rosario Goyoneche Narciso

49 años, cantante de música afroperuana.
(Chincha, Región Ica)



Cantaré para ti



Ha sido muy importante para mi carrera como cantante y como mujer afroperuana llevar y representar mi cultura, la cultura de mis compañeros. Estando allí hemos asumido la importancia de que todo el mundo conozca nuestra cultura, no por foto o por cosas que la gente cuenta, sino en vivo, frente a ella.

Hemos mostrado y vivido cómo queremos tanto nuestra cultura, cómo la valoramos. Eso ha sido para nosotros el festival de Smithsonian. Valorarnos y respetar más nuestro Perú y nuestras costumbres.

Fueron dos semanas inolvidables con tanta gente tan buena, tan pura de sentimientos. Volví muy agradecida por la invitación y la oportunidad de poder entregar nuestra cultura y de ver que la gente nos ha acogido y recibido con tanto cariño. Estoy muy agradecida.

Fui representando al grupo de la costa, al grupo afroperuano. Soy cantante y fuimos con los hermanos Ballumbrosio. Canto profesionalmente desde hace veinte años.

En Washington representamos a Chincha y todas las festividades de la región de El Carmen. Presentamos las danzas, El atajo de Negritos, Las Pallitas, La Yunsá. Los hermanos Ballumbrosio nos facilitaron canciones típicas de allá que aprendí y que interpretamos. Canté también composiciones de Roberto Arguedas que era el guitarrista del elenco Tutuma.

Cuando nos explicaron que iríamos ciento catorce personas, que haríamos distintos tipos de cosas y que todo el Perú estaría representado, no pensé que sería tanto.

Pero el festival me sorprendió porque estaba rodeada de tantas cosas a las que uno no tiene

alcance porque no todos conocemos todo el Perú ni toda la cultura peruana. Sabemos qué sucede en cada región, pero no la percibimos tan cerca. Ahora tuve la oportunidad de codearme con compañeros de culturas que desconocía.

Fue un contacto real, más cercano con algo que te imaginas de lejos, que alguien te puede contar, pero nunca has tenido el alcance. Estaba al lado de una de las mujeres del norte que tejía las joyas con hilos de plata, al otro lado tenía unos señores de Trujillo que hacían Caballitos de Totorá. Jamás me imaginé ver cómo hacían uno.

No solo era lo que podíamos mostrar a los turistas, sino también lo que descubrimos entre el grupo de peruanos. Me ha sorprendido ver cosas que desconocía de mi propio país.

“Me sorprendió la reacción de la gente al vernos bailar, sus aplausos, la forma cómo apreciaba nuestro zapateo. Era como estar en Chincha, con la familia y los amigos dándole valor a lo que hacemos”.



Ronald Illesca Chávez

29 años, percusionista y zapateador de música afroperuana.
(Chincha, Región Ica)



El rastro de sus pasos



Nadie nos enseña a zapatear, el ritmo lo tenemos en la sangre, en el cuerpo, de la misma forma que tenemos el ritmo del cajón.

Hemos crecido viendo a nuestros padres, a nuestros abuelos y tíos zapatear y tocar cajón, no es necesario que nos enseñen. Solo mirando, aprendimos.

Zapatear me ha llevado a Washington, al festival de Smithsonian. Fuimos cuatro, los

que entrenamos cada año con la familia Ballumbrosio entre septiembre y enero para las presentaciones de Navidad y Año Nuevo.

Estar en el festival fue una experiencia increíble. Me sorprendió la reacción de la gente al vernos bailar, sus aplausos, la forma cómo apreciaba nuestro zapateo.

Me sentí en familia, era como estar en Chincha, con la familia y los amigos dándole valor a lo

que hacemos. Eso me dio mucha emoción.

Siento el ritmo del zapateo y del cajón en todo mi cuerpo, siempre ha sido así y nuestro objetivo es transmitir todo eso al público que nos ve, hacer que la gente que está frente a nosotros sienta ese ritmo.

Lograr que esa sensación se transmita a la gente y que esta reaccione con emoción, fue para mí una felicidad completa.



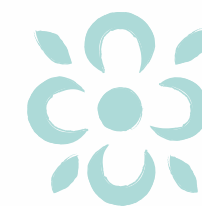
JUNÍN

“Les llamó la atención nuestra capacidad de contar historias dibujando con una técnica que usa figuras milimétricas. Para ellos era un arte poder dibujar, en un espacio tan pequeño, la historia de un pueblo”.



Katya Canto Lazo

32 años, artesana de mates burilados
(Cochas Grande, Región Junín)



Cuéntame, dime



Cuando vieron que contábamos nuestras historias en un mate, en una calabaza como ellos dicen, que dibujábamos con un buril nuestras fiestas, tradiciones, comidas y toda nuestra cultura, querían hacer lo mismo, querían expresar lo suyo en figuras milimétricas como muestran los mates burilados.

Nuestra técnica, aquella que aprendimos desde los ocho años mi hermana Blanca y yo, era admirada por ellos. Muchos niños querían practicar, contar sus historias y mi hermana les enseñó, de la misma forma que mi padre nos enseñó en Conchas Grande El Tambo, en Junín. Los mates burilados de mi tierra son muy famosos por el trabajo que tienen.

En Washington mostramos que en un mate podemos contar vivencias, expresar sentimientos,

si estamos alegres o tristes, que es posible dibujar nuestros recuerdos, guardar en esas figuras aquellas escenas que tenemos en la memoria para volver a mirarlos de nuevo algún día.

Les llamó la atención nuestra capacidad de contar historias dibujando con una técnica que usa figuras milimétricas. Mientras hacíamos mates burilados, la gente nos grababa, nos tomaba fotos porque para ellos era un arte poder dibujar, en un espacio tan pequeño, la historia de un pueblo.

Cuando nos dijeron que iríamos a Estados Unidos a representar al Perú y sobre todo para llevar nuestro arte, sentimos una inmensa alegría. Nos sentíamos comprometidas porque este viaje significaba representar lo mejor posible a nuestro país y a nuestro arte.

Nos hizo sentir que hacíamos bien las cosas. Siendo jóvenes fue como un premio o un incentivo para seguir practicando este arte. Fue una de las mejores experiencias que tuvimos. La hemos vivido con inmensa alegría porque la gente reconocía nuestro arte.

Nos sentíamos bien por la admiración que despertamos en la gente. Encontramos reconocimiento en todos, la satisfacción de saber que hacíamos las cosas bien.

Queremos seguir con la tradición de Conchas Grande, queremos mantener vivo el recuerdo de todo aquello que mi padre nos enseñó y queremos seguir creando historias, contando tradiciones en un mate burilado, por más pequeño que éste sea.



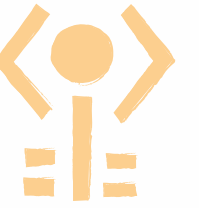
MOQUEGUA

“Sentía una responsabilidad y emoción infinitas de llevar mi trabajo a una tierra tan adelantada”.



Genoveva Coaila Catacora

64 años, danzante, cantante y danzante de Sarawja.
(Moquegua, Región Moquegua)



Baila la vida



“¡Qué bonito nubladito!, parece que va a llover. Así nubladito estaba cuando te comencé a querer”, es la canción que creamos cuando estuvimos en el festival de Smithsonian, ese día llovió y como danzarines del Sarawja componemos canciones mientras bailamos.

La gente que asistió al festival nos entendió con la ayuda de una traductora y nos aplaudió muchísimo. No solo era la admiración por nuestra vestimenta y el baile, sino también por nuestros cantos.

El Sarawja es una danza tradicional de los distritos Carumas, Cuchumbaya y San Cristóbal, en la provincia Mariscal Nieto, Moquegua; los cantos son refranes. Cantamos de acuerdo al sentimiento y al momento que estamos viviendo cada uno.

Si estamos felices lo demostramos cantando

versos de felicidad. También hay cantos a la agricultura, al ambiente, al tiempo en que estamos; por ejemplo al tiempo de lluvia, de siembra o al amor y al desamor. Cada momento lo podemos manifestar con el canto y la danza.

Generalmente, las letras de las canciones son conocidas, pero hay momentos en que uno crea nuevas canciones, de acuerdo al sentimiento que tiene. Por ejemplo, si le canto a una persona querida, puedo crear en ese momento y cantar el sentimiento que me inspira.

Fuimos seis bailarines y una presentadora. Todos nacimos en Carumas; allá se baila todo el tiempo el Sarawja, que ha sido declarado Patrimonio Cultural de la Nación. Lo bailaron nuestros abuelos, nuestros padres y ahora nosotros. Todos participamos en estas danzas costumbristas que se bailan en Navidad, Año Nuevo y Pascua de Resurrección.

Las mujeres cantamos y bailamos; los varones tocan sus charangos, un instrumento de veinte cuerdas y que también es de Carumas.

La mayor parte de los que viajamos somos profesores; siempre quisimos que conozcan nuestro Carumas. Hemos participado en varios eventos con centros educativos y ganado diferentes premios. Por eso, cuando nos eligieron para ir al festival de Smithsonian en junio, comenzamos a prepararnos diariamente desde enero de este año.

Queríamos dar un buen espectáculo, que todos estuvieran contentos con nuestra danza, queríamos dar todo para quedar bien. Fue una responsabilidad enorme representar bien a Carumas, a Moquegua, pero principalmente al Perú.



LAMBAYEQUE



“Fue una enorme experiencia porque significó exponer nuestro arte para la gente que no podía visitar Monsefú”.



Manuela Ayasta Caicedo

51 años, artesana de telar de cintura.
(Monsefú, Región Lambayeque)



Bordando el alma



Mientras bordaba los pensamientos, los tulipanes y el pavo real para que la gente viera cómo se hacían los trajes de marinera en Monsefú, me sentía como una artista, la gente admiraba mi trabajo.

Nos decían que el Perú tiene de todo un poco. Nos emocionó ver que tanta gente alabara nuestras manos. Se sentía bonito porque la gente se quedó impresionada con los trajes de marinera que hacíamos a mano. Nos preguntaban cuántos días demoraba hacerlos.

Muchas veces las palabras quedan cortas, pero fue lo más hermoso que me ha podido pasar en todos los años que tengo de artesana, porque he tenido la oportunidad de salir y ver a mucha gente que admira el trabajo que hago. Eso no lo vamos a poder olvidar, porque ha sido una experiencia tan linda que recordamos hasta ahora.

De Monsefú fuimos tres artesanas. Dos que bordamos a mano vestidos de marinera, tejidos de telar de cintura para el poncho y la faja de los bailarines de marinera, y otra artesana que elabora los sombreros del Chalán, tejidos de paja macora.

A nuestros compañeros y compañeras artesanas no les dejamos de hablar hasta ahora del festival y la experiencia que tuvimos allá.

En el festival siempre me preguntaban por qué los pavos reales estaban en el traje de la marinera. Les explicaba que los bordaba porque son coloridos y adornan bien el vestido que lleva la reina de la marinera en Monsefú.

Les llamó la atención que los bordados fueran a mano y sentía que no podía ser más feliz de ver a la gente que antes de irse, miraban mi trabajo, mi arte.

Aprendí a bordar desde los trece años y ahora tengo 51. Mis compañeras bordan y tejen desde los ocho años. Somos artesanas de tradición, nuestros padres también lo han sido y nos transmitieron este arte.

Para nosotros fue muy emocionante llevar nuestros bordados y sombreros al extranjero. Antes estuve en el extranjero, no era la primera vez que salía fuera del país por ferias. Pero esta vez la experiencia era distinta, iban conmigo mis compañeras. Fue una enorme experiencia porque significó exponer nuestro arte para la gente que no podía visitar Monsefú.

Nos preparamos para llevar lo mejor, para mostrar lo que tiene Monsefú, lo que tiene el norte peruano. No nos imaginábamos que lo que nos esperaba fuera tan hermoso.

“Cuando me dijeron que viajaría a Estados Unidos me emocioné mucho porque sabía que podría mostrar mis sombreros en el extranjero, pero además enseñar la forma cómo se hacían”.



Margarita Guzmán de Gonzales

64 años, artesana tejedora de paja
(Monsefú, Región Lambayeque)



Fina estampa



Una mujer me hizo un retrato en el festival de Smithsonian. Me encontró uno de esos días en los que me sentaba en una estera con mi sombrero de paja de macora y mi vestido de marinera. En medio de la gente que llegaba al festival comenzaba a torcer la paja y tejer el sombrero.

Era como estar en una calle de mi pueblo haciendo lo que siempre hice: tejer sombreros de paja de macora. Tengo 64 años y aprendí a tejerlos a los diez. Mi mamá me enseñó, ella tejía durante muchos años.

Soy de Monsefú, el pueblo de artesanos, cerca

de Chiclayo. Los sombreros de paja de macora se usan en mi pueblo siempre: los agricultores, los chacareros los utilizan para ir a trabajar al campo. Lo usan las mujeres y los niños. Pero desde hace algún tiempo se hacen también para los bailarines de la marinera.

He tejido sombreros para los campeones de la marinera de Trujillo. Ese era mi máximo orgullo, sentir que mis sombreros bailaban en la ciudad de la marinera.

Por eso, cuando me dijeron que viajaría a Estados Unidos, me emocioné mucho porque sabía que podría mostrar mis sombreros en el

extranjero, pero además enseñar la forma cómo se hacían. Por fin la gente del exterior vería cómo se tejían los sombreros de paja.

El viaje era una oportunidad que no se me escaparía. Estuve un poco mal antes, pero el viaje me hizo mejorar. Valió la pena porque al llegar allá la gente se quedaba asombrada de ver cómo podía hacer sombreros tan finos.

La paja de macora es una fibra natural y la trabajamos con nuestras manos, lentamente vamos armando el sombrero y eso fue lo que más llamó la atención: un sombrero hecho totalmente a mano. Me sentí orgullosa de mi tradición.



“No pensé encontrar esas caras emocionadas al ver hasta donde llegaban mis manos, nunca soñé dejar en una tierra extranjera todo lo que sabían hacer mis manos”.



Margarita Mechán Lluen

51 años, artesana bordadora
(Monsefú, Región Lambayeque)



Los secretos de mi alforja



Una chica norteamericana quiso aprender a tejer, se quedó conmigo y tejó veinte centímetros de faja. Le regalé ese tejido, luego me llamó para decirme que había terminado en su casa la faja que comenzó cuando visitó el festival de Smithsonian.

Soy tejedora de telar de cintura. Tejo las fajas, el poncho y la alforja de los bailarines de marinera. Aprendí desde muy niña, a los ocho años mi abuela comenzó a enseñarme algo que también había aprendido de su madre. Seguí trabajando muchos años en mi casa para después entrar a una asociación.

Estoy orgullosa de haber ido a Estados Unidos a enseñar lo que sé, que es lo mismo que me enseñaron mis abuelos. Tengo más de cuarenta años trabajando en artesanía, bordando flores, aquellas que hay en mi pueblo.

Cuando me invitaron al festival me emocioné,

conté los meses que faltaban para viajar. Primero me emocionó viajar en avión, nunca lo había hecho. Nunca pensé ver todo lo que vi. Llegar y ver tantas cosas bonitas me hizo sentir muy alegre.

Pero ver a miles de personas en el festival cada día, muchos turistas preguntando cómo hacía mis tejidos, cómo había aprendido, me hizo más feliz.

Cuando la gente me veía poner las estacas, urdir el hilo y luego llevarlo al telar para comenzar a tejer mis alforjas o mis fajas, sentía mucha emoción porque la gente admiraba mi trabajo y quería aprender. Eso me generó muchos sentimientos bonitos. Los extranjeros querían aprender aquello que venía haciendo toda mi vida.

No pensé que ellos aprenderían. No pensé ver esas caras emocionadas al ver hasta donde

llegaban mis manos, nunca soñé dejar en una tierra extranjera todo lo que sabían hacer mis manos, traer a mi memoria mis recuerdos de niñez para explicarles la historia de mis artesanías.

Se quedaban sorprendidos del labrado que hacemos sobre el hilo. La gente quedó encantada de ver las cosas bonitas del Perú.

Me preguntaban cómo me sentía y les decía lo emocionada que estaba de llegar allá y de que la gente me viera. Me decían lo contenta que se me veía porque sonreía de la emoción.

Incluso me preguntaban por mi familia, si no la extrañaba y les decía que si Dios me llevó hasta allá, también me iba a regresar. Me sentí emocionada porque la gente me decía que las cosas que hacía eran bellas. Me sentí emocionada por haberme ido tan lejos.

“Por más que hacíamos el mismo esquema de presentaciones, ninguno se pareció al anterior. Eso era lo bonito. Era muy alegre, divertido. Nos conocimos más y tratamos de hacer las cosas con buena energía”.



Giuliana Sánchez Dávila

35 años, danzante de marinera
(Chiclayo, Región Lambayeque)



Pañuelo al aire



El primer día del festival estaba sorprendida, era una responsabilidad que llevaba con orgullo, que no me costaba, bailaba la marinera con ganas y hacía lo mejor posible. Creo que todos lo hemos hecho así, a pesar de que cada día terminábamos cansados. Era hacer nuestro mejor esfuerzo porque sabíamos que cada show era irreplicable.

Por más que hacíamos el mismo esquema de presentaciones, ninguno se pareció al anterior. Eso era lo bonito. Era muy alegre, divertido, sobre todo para nosotros. Nos conocimos más y tratamos de hacer las cosas con buena energía.

Soy bailarina de marinera norteña, limeña y tondero, formo parte del grupo Marinera Viva. Había ido a Washington dos veces, pero era la primera vez que iba a un festival que además era del Smithsonian.

Cuando me confirmaron que iría, sentía que sería una vivencia diferente, era un festival, donde compartiría con gente de mi país, conocería sus

propias tradiciones y costumbres.

Pero también sentía mucha responsabilidad de llevar un poco del Perú en el baile. Sentía que tenía que esforzarme mucho más y dejar una buena impresión e incentivar a los americanos a que visiten nuestro país y puedan ver el baile en el Perú. Entonces, aparte de la vivencia con la gente de afuera, era también con mis paisanos. Era una mezcla de emociones.

Cuando la gente nos miraba bailar sentía que contagiaba nuestra alegría, la alegría de mi pueblo. Debía dejar en alto Chiclayo. Me miraban y me preguntaban si no me dolían los pies o cómo hacía “lo del pañuelo”.

Veía sus rostros de júbilo y alegría. Era una mezcla muy bonita que a mí me hacía muy feliz. Cuando me comunicaba con mi familia le contaba sobre cómo era esta experiencia tan bonita.

Bailo desde los cuatro ó cinco años porque soy del norte, de Chiclayo y siempre allá las reuniones

terminaban en una marinera. Supongo que mis papás vieron que me gustaba y decidieron que alguien me enseñe. Mi profesora fue quien los motivó a que siguiera porque les dijo que tenía talento para seguir avanzando.

Por eso tengo experiencia en presentaciones en el exterior y en festivales nacionales, pero era la primera vez que estaba en un festival de la envergadura del Smithsonian. Me sentía importante por ser de las pocas personas elegidas.

Estar allí y llevar nuestra cultura a un país como en el que estábamos era como ser una ventana para mostrar lo que tenemos y lo que no es tan conocido a nivel mundial. Demostrar que no sólo somos Machu Picchu, Chan Chan o el Huayno Valicha, sino que también somos gente con otras expresiones culturales como la marinera.

Me queda como lección de este viaje que es mejor compartir nuestras tradiciones con otra gente, con otras naciones, porque de nada sirve que ellas se queden únicamente entre nosotros.



“Esta convocatoria respalda nuestro trabajo de años, muestra que el mundo valora nuestra identidad y de que no hay necesidad de disfrazarla. Esa ha sido la mejor señal de esta invitación”.



Ronald Fernández de la Rosa

51 años, danzante de marinera y tondero
(Moche, Región La Libertad)



Pies a tierra



Tener a tantos maestros juntos, reunidos en un solo grupo humano llamado Perú; ceramistas, músicos, bailarines, cantantes, compositores, tejedores, publicistas; en fin, toda la tradición peruana, fue emocionante.

Eso fue para mí este festival de Smithsonian, que quedará en mi recuerdo por lo grandioso, por permitirme compartir valiosos días con la cultura viva de mi país. Fuimos al mundo a mostrar lo que era el Perú y en ese proceso tuve la dicha de conocer a los grandes maestros de Perú, conocí sus experiencias, su obra, el amor que le ponen a lo que hacen, su decisión de ofrecer la mejor imagen de nuestra tierra.

Bailo marinera mochera desde siempre, es un baile que está en mi familia de generación en generación. Viene de los abuelos, de nuestros padres y va a pasar a nuestros hijos. Son cinco

generaciones de mi familia que venimos difundiendo esta marinera que es propia de mi pueblo y que queremos preservar.

El estilo mochoero desde su indumentaria representa al campesino del norte. En nuestra presentación hay artesanía del norte peruano: una alforja, un sombrero de palma, las mismas fajas que son confeccionadas de telares en el norte. La mujer con sus faldones del lugar, sus aretes de oro confeccionados en la zona, un tembleque que se coloca en la cabeza.

Lo que diferencia a nuestra marinera es que tanto los hombres como las mujeres bailamos descalzos. Mi hermana mayor Olga Fernández impuso esa forma de bailar cuando se presentó en 1968 en el Festival Nacional de Marinera de Trujillo por primera vez con la indumentaria y características de la mujer del pueblo, descalza.

En lo personal, el festival fue un impulso a mi trabajo, al esfuerzo de mi familia por preservar una marinera muy especial.

Este viaje sirvió para que las personas allegadas a nuestra familia, hijos, alumnos que practican nuestra marinera, sepan que el mundo valora nuestra identidad.

Esta convocatoria respalda nuestro trabajo de años, muestra que el mundo valora nuestra identidad y de que no hay necesidad de disfrazarla. Esa ha sido la mejor señal de esta invitación.

Al volver les hablé a mis alumnos y les dije: ¿qué hubiera pasado si hubiéramos escuchado a quienes nos decían que la marinera nuestra es muy antigua? Hubiéramos perdido nuestra identidad. Nos hemos mantenido en defenderla y de sentirnos orgullosos de lo que somos.

“Para mí esos días en Washington representan la emoción de lograr un reto, el reto que significa representar a mi país”.



Eda Arroyo Pêche

52 años, artesana de filigrana
(Bolívar, Región La Libertad)



La plata en sus sienes



Era la primera vez que iba a Estados Unidos, estaba muy feliz porque para mí era un campo abierto, donde demostrar todo lo que conocía y sabía de la joyería en filigrana; pensé que habría mucha gente y así fue.

Aprendí desde muy niña porque mis padres hacían joyas en filigrana, fui mirando y haciendo mis propias joyas. Todo lo que aprendí, los calibres que hay que hacer, la forma de armar las figuras, de utilizar esos delgados hilos entre mis manos, lo transmití a la gente que fue al festival de Smithsonian.

Me sentí feliz de poder participar con lo que sabía hacer desde pequeña. Tengo 52 años y desde los 30 me dediqué de lleno a la joyería en filigrana. Por eso, sentir que había gente lejos de mi patria que me miraba con atención y admiración por lo que mis manos podían hacer, por la forma cómo tejía esos delgados hilos y por lo que podía crear con ellos, me hizo sentir mucha emoción. Nunca me sentí así antes.

Para mí esos días en Washington representan la emoción de lograr un reto, el reto que significa representar a mi país. Soy piurana y una peruana con mucho orgullo. Era un reto hacer que el resto de la gente conozca lo maravilloso que es el Perú.

Mi arte es muy específico, hago joyería en filigrana para quienes bailan marinera y tondero. Hago mis propias creaciones, pero sin alejarme de lo tradicional.

Me dediqué a la joyería para los danzantes porque de pequeña me gustaba mucho bailar. Siempre estaba a la expectativa de las bailarinas; veía qué cosas hacían, qué se ponían. Cuando vi que usaban joyas y sabía que tenía arte en mis manos, comencé a trabajar primero en accesorios y luego me aboqué a la joyería en filigrana para las bailarinas.

Por eso, en Washington hice conocer mi arte, pero también la importancia que tiene la

joyería para terminar de vestir a los que danzan marinera y tondero, para darle mayor elegancia a esos trajes bordados, a ese atuendo muy cuidado y detallista que tienen las mujeres que danzan.

El viaje también me permitió compartir con otros peruanos; cada uno tenía un arte en la mano. Cada uno prestaba su propio conocimiento, y me sentía muy feliz y halagada por pensar en cuántos peruanos quisieran estar en nuestro lugar y era yo quien estaba representando a mi Perú para demostrar que lo que tenemos es algo valioso.

Luego del Smithsonian puedo innovar mis creaciones, pero también me quedó claro que lo que tengo en mis manos es algo lindo, valioso. Me mostró que tenemos en el Perú un arte muy valioso. Sentí que en el extranjero valoran y aprecian este arte más de lo que nosotros lo valoramos.

“Tuve la oportunidad de explicarles los detalles sobre el caballito, cómo se hace, cómo se usa, dónde va la red, dónde se sienta el pescador y cómo se rema”.



Ángel Piminchumo Domínguez

55 años, tejedor de caballitos de totora y pescador.
(Huanchaco, Región La Libertad)



Cabalgando el mar



Llegaron los botes a vela, a remo y las lanchas a motor, pero nuestros caballitos de totora permanecen, siguen reposando en playas como Huanchaco y los pescadores todavía los usan para pescar.

Esta vez llegaron a Washington, al festival de Smithsonian. Llevamos cuatro caballitos de totora, pero en el camino se malograron y tuvimos que hacer otros allá.

Algunos confundían esta embarcación y pensaban que era de los Uros, en Puno. Tuve que explicarles que veníamos de la costa peruana, que los caballitos de totora son embarcaciones artesanales que vienen de nuestros antepasados, los Mochicas, los Chimú.

Fueron usados antiguamente para pescar y hoy se siguen usando, pese a la modernidad de los botes.

Trabajo desde hace treinta años fabricando caballitos de totora, mi papá me enseñó y a él su papá, mi abuelo. Se tejen con la totora que crece en el litoral trujillano.

Cuando me escogieron para el viaje, pensé en la gente que nos vería, en las inquietudes que tendrían.

Tuve la oportunidad de explicarles los detalles sobre el caballito, cómo se hace, cómo se usan, dónde va la red, dónde se sienta el pescador y cómo se rema.

Me sentí orgulloso de difundir mi arte, de ver el interés de la gente, de responder sus interrogantes. Me dejaron con la idea de seguir difundiendo mi trabajo para dar a conocer lo que significó y todavía significa un caballito de totora, una embarcación que es de mi pueblo y que conozco de toda la vida.

Vivo en Huanchaco desde siempre. En el colegio había un curso de arte donde nos hacían fabricar los caballitos de totora. Nos ponían nota por fabricarlos. Con mi abuelo aprendí a perfeccionar este arte porque él me enseñó el acabado que debía darle y ese mismo caballito de totora me llevó al Smithsonian.

“Me sentí muy orgullosa de mi cocina, de la causa que todos los peruanos disfrutamos de distintas maneras, de mi país y de todos sus platos”.



Eloísa Piminchumo Domínguez

56 años, artesana tejedora de totora y cocinera.
(Huanchaco, Región La Libertad)



Honoris causa



La causa en lapa olía rico; la gente me preguntaba la receta y el lugar donde podía encontrar los ingredientes. Les llamó la atención el charqui de raya. Allí estaba toda mi experiencia de diez años en la cocina, ante miles de personas que pasaron por el festival de Smithsonian.

Me sentí muy alegre y útil porque la gente me escuchaba, me veía cocinar y cada vez que ponía un ingrediente me hacían preguntas. Podía explicarles paso a paso la receta de mi plato, pero también el origen o la historia de los ingredientes. Me sentí feliz realmente, fue una experiencia que no olvidaré.

La causa en lapa es de pescado y se llama así porque no se sirve en un plato sino que

antiguamente se acostumbraba servirla sobre la concha de una lapa gigante.

Es un plato antiguo. Desde que tengo uso de razón recuerdo a mis abuelos preparando ese plato. Es tradicional, como en otras partes del Perú, pero en mi tierra se hace de forma diferente. La causa la consumimos en Semana Santa porque en Huanchaco existe la tradición de no comer carne ni pollo en esos días, solo pescado.

En esos días se preparan platos como el charqui de raya, el picante de raya, la causa en lapa, el pescado sudado y el ceviche. Todo eso expliqué en el festival y la gente me escuchaba, tomaba fotos.

Los ingredientes, la forma de preparar la causa, la manera cómo la sazonomos, todo era nuevo para ellos, todo debía tener una explicación. Me sentí muy orgullosa de mi cocina, de la causa que todos los peruanos disfrutamos de distintas maneras, de mi país y de todos sus platos.

Trabajo hace mucho tiempo con personas extranjeras, cocino en un hotel de Huanchaco. Cuando me invitaron al festival tuve mucha ilusión y alegría porque podría hablar de lo que sabía preparar, podría mostrarles cómo se preparan las comidas que consumimos en Perú.

“En el festival hice contactos en Nueva York, Virginia, Washington y Alejandría. Me han pedido pensamientos, afiches para restaurantes y discotecas”.



Pedro Rojas Meza “Monky”

54 año, serigrafista de carteles y murales
(Lima, Región Lima)



País tecnicolor



Voy a jugar con los colores de los afiches de música chicha, luego de ver los museos de Washington; voy a renovar en el Perú.

Fui al festival de Smithsonian como *lettering* de afiches chicha, porque soy el pionero de estos afiches aquí. Este viaje me ha permitido visitar museos, tener nuevas ideas. Voy a innovar.

En el festival hice contactos en Nueva York, Virginia, Washington y Alejandría. Me han pedido pensamientos, afiches para restaurantes y discotecas.

Antes de viajar, no tenía idea de cómo sería, no podría hablar de expectativas. Cuando me eligieron para formar parte del grupo, que iría solo, me señalaron que les encantaba mi trabajo.

Los representantes de Smithsonian me mandaron hacer trabajos de demostración. Los trabajos que les mandé les gustaron; les hice los seis monumentos de Washington calados

en afiche. Cuando fui a la feria, habían sacado posters de estos trabajos para regalar. Todo ese trabajo me ha ayudado bastante.

Desde niño me gustaba la pintura. En mi pueblo, San Lorenzo de Jauja, hacía los carteles calados con un solo color. Juan Tenicela, que hacía carteles para grupos de cumbia en Lima, vio que estaba trabajando y me llevó a la capital en el año 1982 para ayudarme. El calado que hacía luego lo transformaba en serigrafía. Allí me fue más fácil hacer los afiches tipo estampado. Trabajé con Juan casi un año cuando “Los Chapis”, “El grupo Alegría”, “Pintura Roja” y “Grupo Génesis” de Jauja, hacían furor en Lima.

Hacía los carteles para estos grupos. Así me inicié en el año 1982, con los afiches chicha. Pero por entonces solo utilizábamos colores rojo, negro, azul, verde, amarillo, que eran los colores básicos. Entre 1988 y 1989, se me ocurrió usar colores fosforescentes en afiches a full color

para el gran duelo de “Chacalón” con “Tongo”. Fue en esa época que hice mis nuevos afiches, saliendo de los colores básicos para pasar a los fosforescentes, donde utilicé el fucsia, el amarillo y el naranja.

Fue muy emocionante llegar a Estados Unidos, pisar tierra gringa y ver que les gustaba lo que hacía en el Perú.

Me sorprendió la organización, la buena voluntad, el cariño, la amistad que tuve de parte de ellos y el recibimiento. No pensaba que mis trabajos eran tan hermosos para ellos, que llegara a gustarles lo que hacía en Perú.

Durante todo el tiempo que estuve allá me inspiré para hacer algo novedoso en el Perú. Me invitaron a Argentina para hacer unos diseños. Tengo propuestas para regresar a Estados Unidos en los próximos meses.



LORETO

“No puedo explicar cómo nos sentimos porque son tan grandes los sentimientos. Musicalmente es una alegría enorme estar unido con los peruanos que estaban allí, con los grandes artistas de nuestro país”.



Ronald Sánchez Casanova

66 años, cantante y músico de cumbia
(Iquitos, Región Loreto)



El ritmo del Amazonas



Teníamos muchas expectativas, queríamos dejar en alto la Amazonía, al Perú y nos encontramos con una gran algarabía en un festival tan grande, con gente alegre que disfrutó mucho nuestra música.

No puedo explicar cómo nos sentimos porque son tan grandes los sentimientos. Musicalmente es una alegría enorme estar unido con los peruanos que estaban allí, con los grandes artistas de nuestro país; hemos ganado mucha experiencia.

Nos preocupamos por hacer un gran espectáculo, por estar unidos a la familia peruana, aquella que encontramos en Estados Unidos.

Antes de llegar al Smithsonian estuvimos en otros festivales; decíamos que estábamos acostumbrados a ellos, pues siempre vamos por ejemplo al de Leticia en Colombia, pero al llegar a Estados Unidos nos dimos cuenta que todo era diferente. Armamos un repertorio

que todos pudieran disfrutar, que la gente se sintiera feliz.

Tenemos más de 45 años en la música, nos viene de familia. Mis abuelos, mis padres y mis hermanos se dedican a la música desde siempre. Desde niño estuve en medio de canciones, soy el animador del grupo. He sido profesor, ahora estoy jubilado llevando mi música por el Perú y el mundo.

Somos cinco hermanos de Iquitos, nuestro grupo se llama “Los Fabulosos Wemblers de Iquitos”. Soy el cantante. Tocamos un poco de rock, romántico y amazónico. Cuando ingresé a los Wemblers me volví cantante de cumbia amazónica, que es lo que hacemos ahora.

La cumbia es de Colombia y hemos unido esa cumbia con el ritmo de la selva buscando un sonido particular. Es en la unión de estos ritmos que conseguimos formar la cumbia amazónica, una cumbia de la selva.

Hemos tocado esta cumbia por casi todo el Perú. En San Martín, Madre de Dios, Amazonas, Ucayali y Lima. También la hemos llevado a Colombia, Chile y Brasil.

Tenemos catorce discos grabados y temas nuevos aún por lanzar. Estamos haciendo un álbum nuevo con recopilaciones modernas sin cambiar el estilo musical.

En el festival de Smithsonian hemos aprendido más. Tenemos un tema que hemos grabado con un grupo de allí.

Queremos hacer un poco más de música, ya no solo de la selva, sino del mundo. Queremos que nuestra música llegue a muchos lugares. Tenemos mucha expectativa de lo que nos está ocurriendo. Tantos años que no salíamos a nivel internacional, y salir de Perú a un lugar como Estados Unidos, ha sido maravilloso para todos. Quisiéramos que se repita.

“Me sentí emocionado, muy agradecido al mirar a todos los que me rodeaban cada día en el festival. Mi lengua fue finalmente escuchada más allá de mi escuela, de mi tierra”.



José Manuel Huaymacari Tamani

68 años, narrador en lengua Kukuma
(Nauta, Región Loreto)

Mi voz existe



Cuando Dios creó el mundo no había ríos ni quebradas; entonces acondicionó una ballesta y construyó una canoa de piedra para que pudiera entrar en ella cuando hubiera agua. Así, fue lanzando flechas por donde quería que discurrieran los ríos. Al final del día se cansó, pero siguió lanzando flechas aunque más despacio. Por eso el río tiene curvas y no va directo.

Esta es la historia que narré en el festival de Smithsonian. Lo hice en lengua Kukuma, un dialecto que muy pocos hablamos en el este de Loreto y que enseño en Nauta, en una escuela donde los niños aprenden también las costumbres e historias de nuestro pueblo.

Solo somos ocho los que hablamos Kukuma y que contamos cuentos en este dialecto, porque queremos que nuestra lengua se mantenga viva, que no muera, como dicen algunos.

Vamos a la radio cada viernes de madrugada y cada domingo para que las ondas lleven nuestra voz en Kukuma y en castellano, pero principalmente para que transmitan nuestras vivencias, nuestra explicación de cómo creemos que fue el origen de todas las cosas.

El festival fue como estar en la radio, pero la gran diferencia fue que la gente estaba allí, frente a mí, escuchando los relatos y mi voz. Pude ver sus rostros y emociones cuando lograron entenderme, pues con la ayuda de un traductor entendieron el sentido de mis narraciones, lo que cada cuento quería decir.

Me sentí emocionado, muy agradecido al mirar a todos los que me rodeaban cada día en el festival. Mi lengua fue finalmente escuchada más allá de mi escuela, de mi tierra.

Me sentí comprometido y feliz de poder llevarla a personas de otras naciones y hacer que más

personas conozcan el Kukuma. Nuestra lengua vive, existe, y esas personas pueden hacer que siga viva.

La mantengo viva narrando en la radio, en la escuela y ahora por el mundo, aquellos cuentos que mi abuelo me contó de niño, aquellas historias que forman parte de mi vida.

A los sesenta años pensé que los cuentos eran una forma de despertar nuestra lengua, por eso hace ocho años llegué a Radio Ucamara.

Ahora tengo 68 años y mi experiencia en el festival me hizo sentir completo porque pude transmitir a otras personas mis conocimientos, mi historia. También me hizo ver que puedo y debo profundizar más en mi cultura, en lo mucho que tiene que ofrecer.

Descubrí también a mis compañeros de viaje, a los peruanos de otras regiones, descubrí sus costumbres, su cultura. Descubrí un mundo enorme en mi propio país.





... A los 114 artistas que formaron parte de “Perú Pachamama”, nuestro eterno agradecimiento por su infatigable trabajo, su profundo compromiso con la promoción del Perú y su cultura, su inagotable creatividad y la enorme alegría con la que nos acompañaron en Smithsonian Folklife Festival 2015.



FIESTA VIRGEN DEL CARMEN - CONTRADANZA

Víctor Germán Boluarte Medina
Mario Palomino Coll Cárdenas
Ricardo Vargas Luna
Jose Eduardo Venero Noriega
Silverio Soto Qqehuarucho
John Karin Del Solar Torres
Yuri Aníbal Boluarte Medina
Camilo Ernesto Felix Villasante
Yván Pablo Zamalloa Cornejo
Héctor Villasante Vega
Hans Eleazar Del Solar Peña
Sócrates Bernable Villasante
Erick Aparicio Ramos
Jorge Bouroncle Villasante
Reinaldo Ever Rojas Corrales
Juan Abel Salazar Gutiérrez
Eliot Alcibiades Zamalloa Cornejo
Fabrizio Yabar Morales



DANZA SARAWJA

Genoveva Silveria Coaila Catacora
Ricardina María Catacora Quispe
Marina Elena Catacora Quispe
Julia Dora Catacora Quispe
Rafael Manuel Sosa Alvarado
Plácido Arturo Rospigliosi Zeballos
Deisi Cristina Rivadeneira Gámez



MUSICA AFROPERUANA - ATAJO DEL NIÑO

Félix Roberto Arguedas Caycho
José Antonio Ballumbrosio Guadalupe
Miguel Ángel Ballumbrosio Guadalupe
Nadia Ysabel Calmet Calmet
Wladimir Félix Coronado Enríquez
Rosario Sonia Goyoneche Narciso
Ronald Augusto Illesca Chávez
María Catalina Robles Izquierdo



MUSICA CHICHA Y CULTURA VISUAL

Pedro Tolomeo “Monky” Rojas Meza
Elliot “Tupac” Urcuhuaranga Cárdenas
Brus Mauricio Rubio Churay
Ronald Jair Sánchez Casanova
Elmer Alberto Sánchez Casanova
Bonar Jair Sánchez León
Gelner Misael Sánchez Casanova
Danger Runer Sánchez Alvarado
Roger Montalván Rodríguez
Calixto Alvarado Santillán
Carlos Antonio Vásquez Yaicate
Alfredo Federico Villar Lurquin



RADIO UCAMARA

Leonardo Tello Imaina
María Nieves Nashnato Upari
Danna Gaviota Tello Morey
José Manuel Huaymacari Tamani
Marco Arturo Ramírez Colombier



WACHIPERI

Victorio Dariquebe Gerewa
Odette Marlid Ramos Dumas
Nely Margot Ninantay Yonaje
Sergio Pacheco Hambeo
Marisabel Dumas Ramos
Sofía Solisonquehua Untamay
Holly Ann Wissler



CABALLITOS DE TOTORA

Ángel Antenor Piminchumo Domínguez
Anatalia Alejandrina González
Gutiérrez
Eduardo Mateo Valderrama Piminchumo
Eloisa Margarita Piminchumo Domínguez



PUENTE Q'ESWACHAKA

Basilio Puma Janampa
Beltran Eustaquio Huillca Janampa
Jesús Huamaní Zosa
Alejandrino Ponciano Mamani Armuto
Benecio Vilca Vilca
Victoriano Arizapana Huayhua
Eleuterio Ccallo Tapia
Alejandrina Huillca Puma
Cayetano Ccañahuire Puma
Alejandrina Ayma de Mamani
Paulo César Oroche Taype
Tiburcio Flores Quispe
Roger Martins Valencia Espinoza
Gary Ingrid Huamaní Rodríguez



MARINERA

Giancarlo Bozzo Cumpa
Sonia Porras Roca
Ronald Manuel Fernandez de la Rosa
Lucy de Mantilla
Guillermo Javier Martínez Vargas
María Isabel “Sissy” Soria Murata
Giuliana Sánchez Dávila
Santiago “Coco” Linares Zegarra
Julie Freundt López
Eda Benilde Arroyo Peché
Manuela Jacqueline Ayasta Caicedo
Margarita Mehan Lluen
Margarita Guzmán de Gonzales
Alfredo DiNatale Hernández



CENTRO DE TEXTILES

Timoteo Ccarita Sacaca
Damián Huamán Mojonero
Ángel Ligorio Callanaupa Álvarez
Rosa Bernadeth Pumayalli Quispe
Leandra Gutiérrez Sallo
Delia Sallo Huaman
Quintina Huanca Quispe
Epifania Choque Quispe
Nilda Callañaupa Álvarez



AGRIC. LA CHACRA

Renée Gutiérrez Quispe
Ana Maria Ccahuin Berrocal
John Sayas Coras
Ives Sandra Gálvez Huamán
Rosa María La Madrid Coello



ARTESANÍA

Katya Milagros Canto Lazo
Blanca Violeta Canto Lazo
Alfonso Sulca Chávez
Jang Ludmir Araujo Ayala
German Nilo Prado Mayorga
Alfredo López Morales
Mamerto Sánchez Cardenas
Deniss Sánchez Aparicio



HUAYNOS

Felicitas Inés Ascarza de Cuba
Estanislao Medina Ramos
Pedro Cconislla Bellido

Impreso en los talleres gráficos de
Ymagino Publicidad S.A.C.
Urb. Santa Elisa II Etapa, Mz E Lt.8
(51 1) 528 - 5843
Los Olivos, Lima



